

ASPECTOS BÁSICOS DE LA PROPUESTA  
DE LA CONCIENCIA HISTÓRICA  
(O DEL PRESENTE POTENCIAL)

HUGO ZEMELMAN MERINO  
IPECAL-MEXICO

2010

SUJETO Y CONCIENCIA HISTÓRICA COMO ÁNGULO DE CONSTRUCCIÓN  
DEL CONOCIMIENTO

HUGO ZEMELMAN

A todos los hombres les es concedido conocerse  
A sí mismos [...] Por muy lejos que vayan no  
Hallarán los límites del alma: temor profundo  
En sus logros.  
La multiplicidad de los conocimientos no pro-  
porciona sabiduría.

HERÁCLITO

Buscamos definir un ángulo para la construcción del conocimiento que refleje la exigencia de colocación ante las circunstancias del sujeto en su condición histórica. Sujeto histórico como aquél capaz de ubicar al conocimiento que construye en tanto parte de sus opciones de vida y de sociedad. Esto implica tener que romper la tendencia a cosificar la realidad como simple externalidad, que envuelve a los sujetos de manera inexorable, para concebirla como una constelación de ámbitos de sentidos posibles.

El esfuerzo exige concebir a la historia desde el ser sujeto con capacidad de construcción de sentidos. El hombre tiene que partir resolviendo la naturaleza de su relación con lo que lo rodea, lo que se traduce en una conjugación de elementos propios de su estar-siendo, pero también de otros que le son ajenos. Es lo que implica concebir a la historia desde el papel del sujeto, pues obliga a transformar a la objetividad en una constelación de ámbitos de sentido. Lo que se traduce en tener que organizar la comprensión de los procesos históricos desde la recuperación de las fuerzas gestantes, que están ocultas detrás de todas las formas, pero que se desplazan en diversos tiempos y espacios, fuerzas entre las que cabe destacar la necesidad de ser sujeto que, aunque callada, nos constituye.

El planteamiento obliga a enfocar al sujeto desde sus límites y potencialidades sin reducirlo a los límites fijados por sus determinaciones históricas. En esta dirección, los límites de los conceptos con los que pensamos tienen que ser transgredidos para convertirlos en posibilidades de renovados contenidos, según la capacidad de construcción de los sujetos.

En el plano de la vida cotidiana significa transformar lo indeterminado en horizontes que se contienen, aunque disfrazados, en la misma cotidianidad. De ahí que el desafío del hombre es mantener, a lo largo de su vida, su capacidad de

asombrarse para transformar al asombro en imperativo de conciencia, y a éste en necesidad de mundo.

Interesa comenzar la discusión con preguntas acerca de si la exigencia de razonamiento, como las señaladas, se encuentra, y en caso de encontrarse, con qué modalidades, en propuesta de análisis ya elaboradas. Es lo que deseamos abordar confrontando las contribuciones de autores que nos parecen relevantes desde distintas ópticas. Empero, como lo que decimos tiene implicaciones sobre el discurso teórico en general, creemos importante partir con algunas reflexiones acerca de la naturaleza de este discurso en el contexto de la sociedad contemporánea.

Es preciso comenzar con el ángulo desde el cual se organiza el pensamiento, abandonando la estructura sujeto-objeto; esto es, anclando el conocimiento desde el sujeto como tal. En este sentido, habrá que desarrollar propuestas para desarmar las argumentaciones de contenidos teóricos con pretensiones de universalidad, en forma de mostrar qué es lo que reflejan y, en consecuencia, develar qué es lo que ocultan como descripciones de la realidad entendida como "objetiva".

Criterios de desarme que deben permitir reconocer la naturaleza del estatus que ocupa la teoría, sus parámetros (por ejemplo, los que provienen de la tecnología) y la posibilidad de cambiarlos, así como cuáles serían las consecuencias sobre el pensamiento en general y el teórico en particular. No solamente en lo que se refiere a las nuevas estructuras categoriales, o a las modalidades nuevas en lo que respecta a la construcción de la relación de conocimiento, sino en cuanto a cómo responder a los desafíos actuales vinculados con la crisis de la legaliformidad, en particular con la idea de progreso; en consecuencia, la influencia que este modo de pensar y de construir el conocimiento sociohistórico tiene sobre el sujeto y, por consiguiente, sobre el lenguaje del pensamiento.

Los criterios de desarme responden a una reflexión orientada a ubicar al sujeto desde la tensión que surge de ser el hombre, por un parte, la negación de su estado en tanto expresa la necesidad de trascenderlo, a partir de no aceptarse como agotado; y de otra, el hombre como la sumisión a parámetros que lo cosifican en una identidad quieta y subordinada, que le hace olvidar y negar, en aras de una paz misteriosa e imposible, su condición agónica en la acepción de Unamuno. O sea, de lucha, "luchando contra la vida misma"; luchando "con la vida que pasa por la vida que se pueda"; luchando "contra el eterno olvido", "el esfuerzo del hombre [por] dar finalidad humana a la historia"<sup>1</sup> Tensión que alimenta el desafío por reconocer la dialéctica interna del sujeto para desenvolver su capacidad para transformarse en

---

<sup>1</sup> Miguel Unamuno, *La agonía del cristianismo*, Alianza, pp. 25-27.

sujeto constructor, lo que se corresponde con una forma particular de conciencia: la conciencia histórica.

Esta conciencia, al expresar el movimiento interno del sujeto y orientarse hacia la construcción de espacios para ser sujeto erguido convierte al conocimiento en una postura ética. Por ello hay que poner al descubierto los parámetros que mantienen al pensamiento prisionero de las determinaciones que sirven de marco para un razonamiento ceñido a las exigencias de regularidades, el cual se manifiesta en un discurso donde el hombre es un espectador. De ahí que el desafío deba ser poder romper con esta orientación legaliforme, predictiva, y en su lugar poner el acento *en lo constitutivo desde lo potencial abierto a construcciones posibles*.

Lo anterior es congruente con la reivindicación del hombre desde su estar-siendo en los espacios existenciales, espacios de opción ética que contienen, tanto a los presentes potenciales como inerciales, con lo que esto implica en determinaciones que transformen el curso de la historia. Se alza aquí la voluntad como reconocimiento de opciones de sentido, en lugar de la voluntad como expresión micro-social de las tendencias macro-históricas.

¿Se trata del hombre *de* la historia?, ¿del hombre *en* la historia?, ¿o del hombre *por* la historia? Pero, ¿qué pasa *con* el hombre?, ¿dónde está?, ¿en el uso parametral del pensamiento, de un pensamiento sin opciones, hay un hombre?, ¿cómo reconocerlo?, ¿en qué consiste querer ser sujeto? Quizá en la posibilidad de crear sentido a partir de reconocer espacios para ser sujeto, pues si no fuera por ello, ¿de qué sirve la infinita libertad de que habla Vattimo?

Ser hombre es serlo todos los días para todos los días, estar recién llegado.

Pero no como metáfora sino como manifestación del esfuerzo de que podemos y queremos dar a nuestra existencia un significado histórico: estar-siendo desde lo inagotable de la relación con los otros, para los otros y desde los otros; de manera que el pensamiento permanezca abierto a las posibilidades de nuevas re-articulaciones entre voluntad y tendencia, así como a las posibilidades de diferentes voluntades según la naturaleza de los espacios para emerger como sujeto. El estar ha de permanecer abierto a diferentes posibilidades del siendo, en la medida que el sentido del siendo no se agota en ninguna estructura de parámetros, lo que es la garantía de potencialidad. Porque la historia del porvenir es la que surge de la necesidad de vida, historia del hombre común, callado, cotidiano, pero que como siempre será la que resista la tecnologización del sí mismo en tanto lenguaje actual del poder.

El esfuerzo por recuperar la potencialidad como articulación entre voluntad-acción y sus posibilidades de reconocer márgenes en los marcos de las determinaciones (que se traduce en una inflexión en el tránsito desde lo constitutivo en productos, ya que lo producido no es la única realidad posible), nos plantea tener que ser cuidadosos para no reducir lo real a lo que se pueda teorizar partiendo de las cristalizaciones históricas. Debemos estar atentos a no confundir lo que es posible de teorizarse con la resolución de particulares determinaciones de tendencias; por último, tampoco convertir a lo tendencial en el único parámetro para organizar la lectura de lo real.

En efecto, el hombre, al subordinarse a un *logos* racional, ha condicionado todas las formas de relación con el mundo a las exigencias de explicarlo, con lo que ha contribuido a potenciar algunas de sus facultades, como las intelectuales, en desmedro de otras como las emocionales. Por ello, cuando se plantea una ampliación de la relación con el mundo se rompe con un *logos* de esa naturaleza, siendo congruente con la incorporación a la actividad del pensar de la dimensión existencial. Lo que obliga a comprender al conocimiento como parte de una relación inclusiva y significativa con la exterioridad al sujeto, que es congruente con concebir al conocimiento como una postura ética.

De lo que se derivan algunas consecuencias como el rompimiento con la tradición teórica-explicativa que ha determinado un sentido del pensar y de teorizar dando la espalda a la condición efímera del sujeto humano. En verdad, ¿cuál es el sentido de teorizar con pretensiones de universalidad desde el ángulo de una humanidad precaria? Pensamos en el esfuerzo del hombre por dar cuenta de sí mismo y de sus circunstancias desde el énfasis de su absolutización, pero dejando en el olvido o descartando como irrelevante su condición pasajera.

Tanta pretensión y ampulosa, tanto vericuetos que omite lo central, tanto esfuerzo por dar cuenta del todo en forma permanente, cuando la cuestión es escribir en reconocer el sentido que todos estos constructos teóricos asumen desde la transitoriedad y finitud. Cuánto devaneo de respuestas sin acompañarse de las preguntas centrales, como ¿en qué consiste nuestra riqueza como herederos de una larga tradición?, ¿"podemos conocer" aquello que conforma el contorno donde vivimos?, ¿debemos conocerlo?; pero, ¿en qué consiste conocerlo?, ¿es acaso un objeto teorizable?, o bien, ¿para estar en la realidad es necesario transformarla en contenido de un corpus?, ¿son estos corpus expresión de nuestra conciencia, o más bien, la conciencia, haciendo un analogismo con una sentencia bíblica, camina

siempre delante de ellos?, ¿el esfuerzo por ordenar “a lo real” en estructuras conceptuales no debilita nuestra capacidad para colocarnos ante lo circundante?

La segunda de las consecuencias aludidas es entender el significado del despliegue del sujeto como espacio-sujeto. En éste se contiene la posibilidad de multiplicar infinitud desde la mortalidad misma, porque conduce a un pensar que define la potencialidad desde la necesidad básica que consiste en la finitud del sujeto. De manera que el despliegue se abre desde la incompletud en su tensión por realizarse en forma que de ella se desprende la categoría *por-darse* para comprender la relación sujeto- exterioridad, así como al mismo sujeto. Por eso éste deviene en el esfuerzo por completarse en la construcción de mundo, lo que incluye su relación con la tecnología.

El despliegue es una forma de concebir la condición de vida desde la dialéctica determinación-construcción de realidades: esto es, como manifestación del sistema de necesidades, aunque, simultáneamente, generadora de necesidades. Principalmente conforma el ámbito de la *necesidad de...* donde se forja el sentido que se traduce en conciencia y voluntad; *necesidad de...* que es el núcleo de subjetividad donde se puede reconocer la autoconciencia como capacidad para enfrentar los límites y sus aperturas, la capacidad para asumirse como sujeto desde el estar-siendo. Por eso ser hombre consiste en la voluntad de transformación de lo real-objetivo en mundo.

Los desafíos que nacen del ángulo de razonamiento que desarrollamos hay que confrontarlos con otras propuestas, para precisar si en ellas, más allá de sus contenidos explícitos, están incorporados elementos posibles de recuperarse para enriquecer la posibilidad para desenvolver al sujeto como sujeto-mundo.

Si la creación intelectual contiene embriones para el rescate del sujeto-mundo, estamos en condiciones de afirmar que se está produciendo una convergencia en la dirección a una forma de pensar que haga del sujeto su eje vertebrador, en vez de serlo exclusivamente el objeto; y así avanzar hacia nuevas premisas del pensar y del estar en la realidad-mundo, aproximándonos a la plenitud de la conciencia de ser-estando en la historia: esto es, saber colocarse ante lo exterior y ante sí mismo.<sup>2</sup>

En consecuencia, se abre el espacio para una recuperación del pensamiento en su función tanto constructora de conocimiento como reflexión acerca de la condición humana. Se muestra el auto-desafío del sujeto, en su necesidad de ser,

---

<sup>2</sup> Es difícil reconocerse en el estar, pues siempre nos mediatizan objetos. Transferimos el acto de voluntad a la posesión de objetos que representan la emergencia en la externalidad, en vez de reconocer la fuente de todo acto de voluntad en el ser-transcurrir.

tanto en su soledad como en su misterio. Pues, pudiendo la soledad ser nuestro misterio, la conciencia que desarrollamos de ella es nuestra verdad, la cual deviene en humanidad cuando convertimos en posibilidad de encuentro con otros. Todo lo cual exige de la mirada propia del instalarse en la historicidad para, a su vez, hacer de la historicidad un imperativo de voluntad. Voluntad que exprese el existir simultáneamente como disposición y capacidad para plasmar al ser-estando en cualquiera de los espacios de despliegues posibles.

En este planteamiento se tienen que esclarecer muchos implícitos para entender los alcances del concepto de necesidad de ser sujeto. No parece haber una respuesta ontológica a la cuestión, ya que, desde nuestra perspectiva, se enlaza con la comprensión de la historicidad como ángulo de razonamiento. El cual permite entender que el significado del concepto de necesidad es muy diferente al que puede asumir desde una perspectiva puramente existencialista. Más bien su contenido refleja la aceptación de lo indeterminado como consecuencia del movimiento de lo real, por lo tanto del mismo hombre; presencia de lo indeterminado que obliga a un esfuerzo de articulabilidad que rompa con los parámetros que encuadran los espacios del pensamiento y que obligan a razonar a todos los límites de manera abierta.

Si se tratara de resumir el desafío que plantea la función epistémica de la historicidad sería el de asomarse a lo desconocido, esto es, de impulsar a pensar y explorar a lo no dado. Lo importante de destacar es que este asomarse se corresponde con tener que asumirse como sujeto; pero no solamente como sujeto pensante sino también con todas sus otras facultades que, desde la actitud en que se apoya este atreverse a pensar, se traduce en requerimientos no estrictamente lógico-epistémicos sino también existenciales, a partir de comprender que cualquier situación dada contiene el despliegue de lo dado como es su transcurrir.

Es así como, para establecer los modos de relación con lo "externo" al sujeto, se tiene que partir por aceptar que toda realidad es un espacio de posibilidades que, en tanto tal, conforma ámbitos diversos para ser activados por el propio sujeto. Razón por la cual éste se encuentra orientado a invocar a lo nuevo que es lo que configura el sentido de sus propias prácticas, sean individuales o colectivas. Y que en otros ordenes de problema plantea exigencia acerca de cómo ser nombrado.

#### EN RELACIÓN CON LAS POTENCIALIDADES DEL SUJETO

El proceso de subordinación y empobrecimiento de la riqueza humana ha sido anticipado por muchos autores. Eric Fromm, en 1968, lo decía de manera clara

cuando analizaba la deformación producto de la técnica y del consumo material que “hizo que [el hombre] perdiera contacto con él mismo y con la vida”; diagnóstico que sintetizaba en preguntas como las siguientes: “¿estamos frente a un dilema trágico e insoluble?, ¿hemos de producir gente enferma para tener una economía sana, o existe la posibilidad de emplear nuestros recursos materiales, nuestros inventos y nuestras computadoras al servicio de los fines del hombre?, ¿debe la mayor parte de las personas ser pasivas y dependientes a fin de tener fuertes organizaciones que funcionen bien?”.<sup>3</sup>

Diagnóstico y preguntas que resumen el contexto en que hemos ubicado nuestras reflexiones. Pero cualesquiera sean los mecanismos que exploten al hombre y le impidan su desenvolvimiento, es posible rastrear la huella de una búsqueda ya comenzada, aunque no siempre como un propósito central, sino como insinuaciones sugeridas de manera lateral, incluso, a veces, fortuitas y contingentes. Aunque también se da el caso de ser esta búsqueda parte de argumentaciones de fondo, aun cuando ocultas, con pretensiones de teorización de carácter general.

Desde la perspectiva del sujeto se plantean grandes bloques problemáticos en el esfuerzo por construir un pensamiento que contribuya a crear la postura necesaria para asumirse como constructores de realidades (en el espíritu de las tesis de Fauerbach, así como en el espíritu agónico, o de lucha). Tematizaciones que definen un camino en donde muchos de cuyos tramos han sido abandonados, o aplastados por la lógica de la eficiencia y de la rapidez, propios de esa gigantesca y fatal reducción del mundo a un conjunto de objetos sometidos a la lógica de la apropiación, y, en consecuencia, del mismo sujeto a la condición de depredador.

Movimiento interno del sujeto que incluye los inicios inciertos, las angustias por saberse incompleto, los momentos azarosos así como los temores a lo desconocido y los desafíos de la lucha, propios de ese discurso de lo agonal. Lo agonal como manifestación del existir todavía sin mediación de orden ni de direcciones precisas, pero donde enraíza la fuerza de dar los grandes saltos en el conocimiento, en el arte o en la política que se incorporan al forjamiento del pensamiento y de la voluntad; fuerzas que no están ceñidas a las formulas pulidas y equilibradas de lo “apolíneo”.<sup>4</sup>

---

<sup>3</sup> Eric Fromm, *La revolución de la esperanza*, FCE, México, 1970, p. 14.

<sup>4</sup> En relación con este término y su opuesto, lo dionisiaco, lo utilizamos en la acepción en que lo emplea Nietzsche en su libro *El nacimiento de la tragedia* (Biblioteca EDEF, Madrid, 1998). Los recuperamos en cuanto uno de ellos, lo dionisiaco, permite dar cuenta de las fuerzas de la naturaleza y del hombre que pugnan por expresarse, pero como éste mediatiza en su esfuerzo apolíneo por encontrar un equilibrio que no trascienda las apariencias, ocultando de este modo el



Se hace necesario, entonces, volver a recuperar el ciclo completo del caminar por el mundo como sujeto que se va haciendo a sí mismo, y descubriendo que a la vez se van ocupando espacios para gestar mundo. Poder abordar al sujeto en tanto conformador de campos de realidad desde su emergencia como portador de futuro, en la medida que su condición reside en el permanente tránsito hacia lo esperado. Detención que es anterior al salto donde lo agonal es la condición para volver a mirarse y recuperarse desde la hondura sin formas de lo que se está gestando.

Nacimiento, crecimiento y caída de los sujetos que encuentra su correlato en la conciencia de su movimiento. Conciencia que se abra hacia una necesidad de sentido propio de la capacidad de construcción histórica.

En lo incierto y en lo incompleto, así como en lo desconocido, se encuentran presentes los esfuerzos por dar al desarrollo de la historia, personal y social, una perspectiva de ampliaciones crecientes. Son condiciones de conceptualización que se refieren a situación límites que pueden tener diferentes respuestas, por lo que hay que cuidarse de la generalización, a veces falaz, así como de los analogismos. Las exigencias en que se traduce la raíz agonal de la existencia da lugar a conceptos ajenos al discurso científico, ya que más bien son propios de la condición existencial del sujeto que puede perturbar la claridad y coherencia del discurso del intelecto, en

---

fondo que lo atemoriza; de lo que resulta que el hombre nunca llega a ser "estimulado hasta la exaltación máxima de todas sus capacidades simbólicas" (Nietzsche, *op. cit.*, p. 79). Por consiguiente, lo apolíneo implica el empeño por mantenerse en la apariencia de una armonía construida para defenderse ante "esa enorme desconfianza frente a las potencias titánicas de la naturaleza, aquella Moira que reinaba sin piedad más allá de todos los conocimientos" (*Ibid.*, p. 73).

Lo apolíneo y lo dionisiaco son formas diferentes en que se puede hacer presente, y ser reconocida, la necesidad de vida, que, en palabras de Nietzsche, lleva a plantear la búsqueda de una "expresión no maquillada de la verdad", al contraste "entre esta auténtica verdad de la naturaleza y la mentira de la cultura que adopta la actitud de ser la única realidad" (*Ibid.*, p. 103). Pero la naturaleza entendida no solamente como aquello que rodea al hombre sino también a la de la intimidad de éste, no restringida a una visión evangélica, sino incluyendo la terrible visión de Cioran.

En nuestra discusión se trata de encontrar el equilibrio, no paralizante, entre lo brillante y sus formas pero sin reducirse a una identidad de equilibrio, por cuanto la misma búsqueda del hombre las trasciende en la medida que está abierta a su propia transformación. Por consiguiente, se pretende recuperar a lo humano como fuerza de la naturaleza, no solamente de la cultura, fuerza que se traduce en la capacidad por convertir a lo ajeno y distante, a lo agresivo e indiferente, en ámbitos de sentido desde los cuales tiene lugar el desenvolvimiento del hombre. En este marco, lo apolíneo simboliza el miedo que lleva al control de sí mismo por el hombre, y por lo tanto a no atreverse a enfrentar los desafíos que lo circundan, a pesar de ser parte de su propia naturaleza.

cuanto reflejan la integridad de un sujeto-sujetado a las potencialidades de sus despliegues.

Este movimiento del sujeto que se atreve a vivir en la tensión e incertidumbre determina que el conocimiento surja como un juego, tal como lo rescata Huizinga, entre lógica y antilógica, cuya significación "no reside únicamente en el valor lúdico de esta forma, [pues] se propone también expresar en forma contundente la eterna incertidumbre del juicio humano: se puede decir así y se puede decir lo contrario".<sup>5</sup> Así es como el ejercicio de la pregunta es parte de la necesidad del espíritu humano por invocar lo desconocido. "Las palabras de [estos] viejos sacerdotes cantores se ciernen perpetuamente sobre las puertas de lo incognoscible [...] podemos decir que en esta competencia cultural nace el pensar filosófico, no en vano juego sino en juego sacro".<sup>6</sup> Disposición hacia el juego de preguntas que hunde sus raíces en el alma infantil cuyas preguntas son fundamentalmente de carácter cosmogónico. Búsqueda que no puede superarse por la lógica científica por amplia y sistemática que sea, en razón de que es un residuo problemático que nos acompaña y constituye más allá de todo juicio.

Como se ha señalado, "todo pronunciamiento de un juicio decisivo se reconoce en la propia conciencia como no perfectamente concluyente";<sup>7</sup> por eso se puede sostener que cualquier formulación orientada a definir relaciones de determinación supone enlaces referidos a contornos posibles de transformarse en contenidos comunicables. Pero estos enlaces, al definir ángulos desde donde pensar, obligan a romper con los parámetros que rigen las estructuras establecidas de enunciación. Es el papel que cumplen las categorías de razonamiento para traspasar, según las urgencias renovadas por cada momento histórico cultural, los universos semánticos que atrapan al pensamiento convirtiéndose en sus parámetros.<sup>8</sup> Es la constante lucha por definir desde donde se construye el significado de los contenidos cognoscentes.

De ahí que la idea de juego se corresponde con la exigencia de romper parámetros en base a que el juego expresa la necesidad de ser sujeto, de reafirmarse y reconocerse como tal, al enfrentarse a lo incierto y desconocido. No obstante, es una necesidad que con el desarrollo de la cultura va "deslizándose poco a poco hacia el fondo", pasando "en una gran parte, a la esfera de lo sagrado", quedando "en el

---

<sup>5</sup> Johan Huizinga, *Homo Ludens*, Alianza EMECÉ, Buenos Aires, 1968, p. 181.

<sup>6</sup> *Ibid.*, p. 131.

<sup>7</sup> *Ibid.*, p. 251.

<sup>8</sup> Es la presencia de la historicidad en el desarrollo del pensamiento científico, así como en la misma estructura del sentido común cotidiano.

trasfondo de los fenómenos culturales”.<sup>9</sup> Y conformando ese sedimento que, al ser magma sin forma, no es fácil que encuentre una expresión directa.

En esas profundidades se encuentran filosofía y poesía.<sup>10</sup> Lo que decimos se traduce en el desafío de los contornos que mudos hacen sentir su presencia sobre el pensamiento, como las montañas en una noche cerrada se ciernen, sin verse, sobre el viajero que anda tras la vigilia del camino. Ello exige del ejercicio de la problematización como una modalidad de juego para construir proposiciones que puedan permanecer abiertas a los contornos, sin limitar el libre pensar ni su posible traducción en pluralidad de significaciones. Ahora bien, el principal contorno que rodea al pensamiento es el propio sujeto pensante en su existir.

Como se ha dicho, la existencia requiere de sus propias categorías para no perder la pasión en el pensamiento cuando éste se ha parametrizado. Es la distinción entre lo apolíneo y lo dionisiaco como dos modalidades de necesidad de vida, por lo tanto de ser sujeto, pero que no pueden excluirse en tanto “la conciencia apolínea no era más que un velo que ocultaba [...] este mundo dionisiaco”.<sup>11</sup> Donde lo dionisiaco es el mundo con todas sus demandas, más allá del bien y del mal, frente a las cuales el hombre se protege desconfiando de “las potencias titánicas de la naturaleza”. Pero que plantea los desafíos de ser hombre elevando lo real a un plano en que las respuestas a la vida pueden tomar la forma de desenvolver y potenciar la necesidad de ser sujeto.

Lo apolíneo, en este sentido, representa el intento por enfrentar aquello que rodea al hombre como fuerza desbordante para que pueda apropiarse de lo posible, mediante el esfuerzo por metamorfosear lo ajeno, lo agresivo e indiferente, en espacios de su desenvolvimiento desde donde construir su mundo de sentidos. Es el esfuerzo por darle a la historia, como pedía Unamuno, una finalidad humana. Armonía, equilibrio, control, autoconciencia, que no pueden llevarnos hasta olvidar esos desbordes de humanidad. El papel de la poesía consiste en rescatar esa humanidad aplastada, pues “no se sitúa fuera del mundo como una imposibilidad fantástica del cerebro del poeta; ya que debe ser precisamente lo contrario, la expresión no maquillada de la verdad, y por ello precisamente debe arrojar fuera de sí el atavío mentiroso de esa pretendida realidad del hombre de cultura”.<sup>12</sup> De manera de hacer surgir lo que ocultan las apariencias transformándolas en puentes hacia otras realidades que no vemos, en forma de “apuntar a la existencia en el

---

<sup>9</sup> J. Huizinga, *op. cit.*, p. 64.

<sup>10</sup> Francis Bacon decía que “la poesía es como el sueño de una doctrina”.

<sup>11</sup> Nietzsche, *op. cit.*, p. 71.

<sup>12</sup> *Ibíd.*, p. 103.

perpetuo sucumbir de las apariencias [...], querer la verdad y la naturaleza en su potencia suprema",<sup>13</sup> como lo exige el hombre dionisiaco.

Son formas de trascendencia del sí mismo plasmadas por los desafíos para seguir haciéndose, que expresan el trasunto de lo que bulle pero que nunca se agota en su forma histórica: el devenir inacabable. Es lo desconocido e incierto transformado en modos de existencia que encuentren el equilibrio entre lo bullente y sus formas, sin recurrir a identidades a priori que nos protejan de la búsqueda en la quietud de establecer comunicación con otros.

Lo que decimos es manifestación de la necesidad del sujeto por romper con el cerco de significados y certezas del discurso parametrizado que nos envuelve. Y que no es sino la formulación epistémica del problema filosófico del ser; la realidad desconocida, por no estar devenida, pero como historización posible.

El ser como expresión de la necesidad de pensar-ser como sujeto potencial ante aquello que nos hace ser un yo pensante y actuante. El ser como la necesidad del discurso sobre lo necesario, y lo necesario como lo opuesto al discurso de predicados sobre objetos; discurso que no se agota en la apropiación de ningún objeto particular. El ser como la posibilidad de la multiplicidad de objetos en base a su misma necesidad. El ser como el límite que hace a la condición de existencia en su calidad de cierre, pero que también es condición de existencia en su apertura (ser - no ser del ente); el ser como la necesidad de límite que se contiene en su misma necesidad de trascendencia.<sup>14</sup>

El ser como la formulación de la incompletad; la necesidad de ser desde el temor y la incertidumbre a aquélla, ser como la potencialidad de significados, como lógica de lo constituyente de cualquier modalidad de apropiación de objetos. Por último, el ser como la experiencia de la colocación ante lo indeterminado que llega a ser: la libertad. Es la historia como el imperativo para ser sujeto.

Es evidente que lo que decimos adolece de la limitación de representar una apuesta al hombre sin considerar que muchos hombres empobrecen o anulan su necesidad de ser sujeto. Pero el planteamiento se ubica en el marco de la autoexigencia contenida en un enfoque epistémico que no es cómodo sino, por el contrario, a veces hasta puede llegar a ser doloroso. Y que se enmarca en la relación dialéctica entre dos disposiciones: asomarse y asumirse. La capacidad de escudriñar

---

<sup>13</sup> *Ibíd.*, íd.

<sup>14</sup> Mirar el horizonte, superando las contingencias donde la necesidad de vida se dificulta, porque tendemos a vernos en nuestros cierres más que en nuestras posibilidades, en razón de que nuestra relación con el mundo tiende a quedar atrapada en objetos que expresan fundamentalmente a lo constituido.

lo no explorado y todavía desconocido exige al hombre un atreverse a asumirse como tal. Es una consecuencia del planteamiento epistémico acerca del problema del ser que expresa las exigencias que tiene el desafío de pensar sobre el sujeto desde el ángulo de la historicidad.

En efecto, la historicidad plantea que pensar es la actividad para descubrir lo necesario. Esto implica establecer relaciones de conocimiento desde el presupuesto de la trascendencia de lo dado, de manera que el pensamiento no quede atrapado en las determinaciones de objetos, lo que obliga, a su vez, a pensar que cualquier denotación conceptual contiene una potencialidad vasta de significados posibles.

La cuestión de pensar a lo necesario de darse, más allá de las lógicas de construir identidades o contenidos claros, coherentes y posibles de ser comunicados, se corresponde con un modo de organizar al pensamiento rompiendo con el límite de las funciones cognitivas, pues reivindica la capacidad de pensar desde todas las facultades del hombre. Ello nos coloca ante la necesidad de distinguir entre los conceptos que están referidos a circunstancias en la perspectiva de su apropiación, en contraposición con los que apuntan al sujeto mismo. Los primeros muestran el trecho que hay que recorrer por el sujeto para que pueda lograr su propósito de apropiación, como es la situación de cualquier argumentación teórica sobre un problema y/o fenómeno que se busca explicar o comprender; función cognitiva que nos muestra la facilidad o dificultad, mayor o menor, para desde el conocimiento construido influir en su desarrollo o afrontar sus consecuencias.

En contraposición a estas construcciones conceptuales concernientes a realidades externas al sujeto, están las que implican de modo insoslayable al sujeto mismo, por lo tanto que no refieren a externalidades sino a los espacios de autonomía del sujeto desde donde éste puede asumirse, como lo son las estructuras conceptuales relativas al querer ver, autocontrolarse, búsqueda de lo inédito, rompimiento del límite, en cuanto formulaciones orientadas a la autoexigencia del sujeto para colocarse ante sus circunstancias, sin quedar sometido a la simples argumentaciones sobre lo que es aquello que nos rodea.

En esta última perspectiva no se busca protegerse envolviéndonos en organizaciones conceptuales, sino de hacerse con los instrumentos que permitan asomarse a lo que se oculta; invocando a que emerjan a partir de asumirse como sujetos desde la variedad de lenguajes que constituyen al hombre. Lo que trae a la memoria las preocupaciones de Bachelard, cuando se preguntaba si "los diversos pensamientos de un mismo espíritu ¿no poseen diversos coeficientes de realidad?",

sugiriendo que “el realismo no debe proscribir el empleo de metáforas”;<sup>15</sup> por cuanto en todo pensamiento “no se pueden desconocer grados de indeterminaciones” que llevan a crear un espacio de “conceptualizaciones arborescentes, con pluralidad de sentidos”, en forma de alcanzar una capacidad de nombrar con “plena conciencia de sí mismo”.<sup>16</sup>

Lo cual plantea la necesidad de incorporar al pensamiento aquello que siempre está gestándose para hacernos sentir como recién llegados, “en el placer eterno de la existencia”, que no se puede encontrar en las apariencias “sino detrás de ellas”.<sup>17</sup> Y que se manifiesta en una necesidad de sentido de realidad cuyo lenguaje no es el mismo de la comunicación, así como el mito “no encuentra en absoluto en la palabra hablada su objetivación adecuada”,<sup>18</sup> pues plantea la tensión entre el saber y el optimismo de la ciencia como “lucha eterna entre la concepción del mundo teórico y lo trágico”,<sup>19</sup> que lleva al espíritu de la ciencia a su límite.

En nuestra época ¿qué es lo que se puede corresponder con la conciencia trágica de los griegos?, ¿podrá encontrarse una respuesta en concebir al mundo en el sujeto para encontrar una relación entre la concepción trágica del mito con la concepción utópica?, ¿en este sentido, hay alguna relación entre Nietzsche y Bloch, o quizá con el arte siempre que concordemos que éste es la realidad como expresión del hombre que construye?

Preguntas cuyas respuestas son un reclamo de profundidad en el contexto de un marco civilizatorio que, precisamente por su eficacia, es profundamente superficial hasta el extremo de colocar al hombre a nivel del vaivén de las olas. Hemos perdido el encuentro con esa “violencia estremecedora” para cobijarnos en un mundo domeñado tecnológicamente, pero que no hace más e postergar la evolución de lo negado antes que controlarla. En verdad, la mayor capacidad tecnológica del hombre opera en cortes delimitados que están rodeados del mar tempestuoso, ya que no ha hecho más que desplazar los límites de la “violencia estremecedora”.

Al desarrollo del saber técnico se acompaña la angustia de tener que afrontar desafíos más altos, pero sin ninguna “compensación metafísica” como la que proporcionó la conciencia trágica. Solamente nos resta la capacidad de imaginar, creer y forjar utopías haciéndolas historizables, por eso reviste sentido decir que

---

<sup>15</sup> Gastón Bachelard, *La formación del espíritu científico*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1972, p. 36.

<sup>16</sup> Gastón Bachelard, *Filosofía del no*, Amorrortu, Buenos Aires, 1978, p. 108.

<sup>17</sup> *Ibíd.*, p. 167.

<sup>18</sup> *Ibíd.*, p. 169.

<sup>19</sup> *Ibíd.*, p. 170.

“Occidente está destinado a la angustia más radical”,<sup>20</sup> ya que ninguna “lógica hipotética puede fundar la verdad, asegurar la duración de la potencia y del control sobre las cosas, pues la extrema potencia que Occidente ha generado (logrando construir y destruir la cosa) está destinada a ser esencialmente insegura por estar amenazada por la posibilidad del gran naufragio, porque en el ámbito de la técnica no existe ninguna verdad incontrolable”.<sup>21</sup>

Situación que expresa una subordinación del hombre a la tecnología, y la consiguiente tecnologización de su subjetividad, haciendo a este nuevo “prometeo” cada vez menos capaz de afrontar las propias inseguridades que resultan de sus acciones. Su expresión más relevante se encuentra en la dificultad para manejarse con las categorías que las nuevas complejidades sociales exigen para dar cuenta de sus desafíos.

Al estar el sujeto cada vez más ubicado entre determinaciones (con pretensiones totalizantes) y lo indeterminado, se crea una situación caracterizada por elementos que le confieren inestabilidad, pero que a la vez define los desafíos para que éste, antes que inventar ficciones acerca del futuro, tenga las opciones para descubrir las posibilidades de apertura que se contienen en lo real, concebido éste como un presente potencial constituido por la necesidad de mundo y de ser sujeto.

Son estas posibilidades el meollo de la cuestión del sujeto contemporáneo cuando constatamos que el desarrollo de la civilización tecnológica no se traduce en crear más espacios-mundo; más bien, que se imponen mundos externos, ficticios, plasmados para recrear y profundizar la conocida alienación y con ello la negación de sí mismo en cada uno. El sujeto se transforma en el cumplimiento de un conjunto de papeles sociales donde cada vez más sus espacios quedan subordinados al patrón de la organización social en la que éste se ubica para protegerse de su propia orfandad y vacío. Entonces, ¿de qué necesidad de mundo podemos hablar?

El presente potencial es el correlato contextual de la necesidad de querer ser sujeto, pues de lo contrario aquél se convertirá en una prisión que modela al sujeto como simple reflejo de las circunstancias. Por eso es urgente plantearse la problemática de la necesidad como expresión de la dialéctica sujeto-contexto; dialéctica en la que hacer frente tanto al empobrecimiento del hombre como a su propia elevación hacia un mayor protagonismo.

---

<sup>20</sup> E. Severino (cit. Pietro Barcellona, *El individualismo propietario*, Trotta, Madrid, 1996, p. 28.

<sup>21</sup> *Ibíd.*, p. 29.

En el momento del desplome de las utopías y del auge de la tecnología con su pretensión de ser portadora de todos los futuros, nos proponemos recuperar al humanismo crítico. Concebimos a éste como la voluntad para construir los espacios de autonomía en los que tenga lugar el desafío para reconocerse como sujeto; la cual nace o naufraga según se tenga o carezca de conciencia de las necesidades. No nos referimos a las necesidades como simples carencias (económicas, sociales o culturales) posibles o no de satisfacerse según la viabilidad de los satisfactores, sino a la necesidad primordial por ser sujeto que se expresa en urgencia de mundo. Hablamos de la necesidad de existencia, más allá de la simple sobrevivencia, que compromete a todo el sujeto, tanto a su estómago como a su espíritu, a su mirada y oídos como a su voluntad de ser.

En la retroalimentación de nuestros valores con el momento histórico se gesta la capacidad del sujeto para leer sus posibilidades y el modo como aborda la problemática de su construcción. Resulta de cómo se asuman los déficits del sujeto, según sea la capacidad para reconocer sus espacios de autonomía y lo propio de lo que es estar determinado; lo que plantea el tema de la relación de lo humano y de su conformación por las circunstancias sociohistóricas.

Si la necesidad de mundo representa una combinación de posibilidades objetivas, históricamente hablando, y de sentidos apetecidos por la individualidad, la autonomía es la propia de autoafirmar el esfuerzo por hacer resplandecer lo humano desde su aventura por la historia. De ahí que la forma de resolver la cuestión del déficit en tanto necesidad primordial pueda tomar distintas formas, según como emerja lo más radical de este déficit; ya que si esta carencia es la del sujeto en su necesidad de existir toma una forma, pero si la carencia lo es de algunos de sus atributos (sociales, económicos, culturales o políticos) tomará otra.

En el primer caso estamos ante el sujeto que no tiene necesidad de mundo (o, en términos de Sartre, de *project*), mientras que en la segunda se manifiesta como reivindicación de un nuevo orden que muchas veces no encarna en necesidad de mundo para el sujeto concreto. Lo que se traduce en que el proceso de cambio no se corresponderá con una conciencia renovada de lo que significa ser sujeto; es decir, que el nuevo orden social no es representado como un espacio para un despliegue enriquecedor de lo humano. En esta situación la ideología no busca potenciar al sujeto sino reemplazarlo por un arquetipo, ya que en vez de exaltar la creatividad humana se le somete a los dictados *del deus ex machina* de la historia (como fue el caso de los proyectos revolucionarios durante el siglo XX).



Por eso pensamos que el déficit no se puede resolver con una lectura puramente ideológica del presente y del futuro, a menos que enraíce fuertemente a la conciencia de la necesidad de conciencia que no es universal, o al discurso que convertimos en vestimenta o simple adorno, sino que siempre es concreto como lo es la historia en tanto necesidad de historización. Es lo que podemos llamar visión utópica.

Lo anterior marca la diferencia de lo que A. Heller observa entre “declarar que las necesidades existentes no son existentes”, que se corresponde con lo que Lukács define como manipulación brutal, y que implica la negación del sujeto, respecto de las situaciones donde “lo que es negado [...] es la necesidad como *manque*” (o déficit), que responde a la manipulación refinada de acuerdo con Lukács, que no niega al sujeto aunque su aceptación lo es como sujeto mínimo.<sup>22</sup>

Es el sentido de esta argumentación, la necesidad de mundo responde a una potenciación del sujeto concreto en sus posibilidades de ocupar nuevos espacios, en el marco de la reivindicación de sus necesidades. De ahí que cuando los procesos de cambio social no se acompañan de la necesidad de mundo, como fue el caso de la mayoría de los procesos revolucionarios del siglo XX, significa que no se está incorporando al sujeto real al ser reemplazado por arquetipos. Situaciones en las que no se da una lectura de las circunstancias como espacios de autonomía creadora del sujeto individual, ya que la voluntad de construcción de éste es debilitada, o completamente reemplazada por la voluntad del colectivo. Ello ha determinado que los cambios estructurales se hayan disociado de la reivindicación de lo humano, con su consiguiente fracaso.

Por ello no se ha dado como fenómeno social la invocación de esa realidad excedente, como nueva, para trascender los límites de la sociedad establecida, de manera de leerla desde sus potencialidades, a partir de la misma necesidad de ser sujeto. Realidad excedente que, por no estar aprisionada en discurso alguno, no puede ser objeto de simples formulaciones ideológicas, sino más bien del afán utópico del hombre en su inabarcable transcurrir como existencia.

La utopía, en contraste con la ideología, es problemática y testimonio de su propia incompletad. A este campo problemático y sus desafíos pertenecen las llamadas necesidades radicales, tal como fueron planteadas por Marx en su teoría de la historia, ya que desde éstas se plantea el imperativo constante por salirse de lo dado como orden modelador del hombre, dando lugar al rompimiento de los

---

<sup>22</sup> Agnes Heller, *Una revisión de la teoría de las necesidades*, Paidós, Barcelona, 1996, p. 74.

parámetros que le dan a éste su identidad en un momento de la historia. Es por eso que en estas necesidades se contiene la posibilidad de influir sobre la sociedad desde la pluralidad representada por el conglomerado de sujetos individuales; pues “no quieren ejercer influencia sobre la sociedad desde la misma perspectiva”,<sup>23</sup> en razón “de que las necesidades radicales son de por sí plurales”. Y es así porque desde ellas lo que tiene lugar es la recuperación del sujeto como ángulo, de modo de liberarnos de los parámetros ordenadores y sujetadores si concordamos que el hombre, al buscarse, pretende “darle vida a su propia opción al límite de su potencial”.<sup>24</sup>

Lo que decimos significa tomar conciencia de las deficiencias en forma de un emplazamiento consigo mismo que se traduce en el reconocimiento de las propias posibilidades de autonomía, aquellas que se contienen, aunque muchas veces soterradas, en las mismas determinaciones que conforman al sujeto. El desafío que mide la estatura de ser o no sujeto es la capacidad de leer su propio presente potencial, abierto a nuevas determinaciones y posibilidades de despliegue, en tanto sujeto individualmente historizado.

Pero saber leer el presente se vincula con una vieja tradición que se remonta a las visiones mesiánicas, que “no predicán el futuro, cual una Casandra o el coro de la tragedia griega, sino que ven la realidad presente exenta de las miopías de la opinión pública y de la autoridad”; pensamiento que se vuelca en un “lenguaje de alternativas, de elección y de libertad, y nunca en el de determinismo, sea para bien o para mal”.<sup>25</sup> Ello porque “la visión mesiánica reposaba sobre la tensión entre lo que existía o aún había y lo que se estaba gestando o llegando a ser”.<sup>26</sup>

En estas líneas procuraremos una reivindicación del sujeto en su capacidad para romper con los parámetros que lo atrapan en constelaciones de identidades, pero que a la vez lo guarecen dándole tranquilidad de conciencia aunque no necesariamente espíritu. Lo que cuestionamos es el ser-estado del sujeto atrapado por condiciones de inmovilismo, ataduras que lo hacen sujeto-sujetado a leyes económicas y de hegemonización, casi sin resquicios para poder decidir sobre opciones, aunque sí con la capacidad de eficiencia que lo autorrefieren a los espacios primarios donde puede eventualmente desarrollarse en los límites estrechos de la sobrevivencia. La cual puede presentarse, más allá de las condiciones de vida, pues la simple sobrevivencia como sujeto también se puede reconocer entre los más ricos, amortajados en sus propias circunstancias; el sujeto pragmático modelado por las

---

<sup>23</sup> *Ibíd.*, p. 78.

<sup>24</sup> *Ibíd.*, p. 79.

<sup>25</sup> Eric Fromm, *op. cit.*, p. 28.

<sup>26</sup> *Ibíd.*, p. 29.

determinaciones, reducido a garantizar su existencia sin atisbo de mundo, aunque violentando la condición humana a la que es consustancial la negación del mundo dado como límite. En contraposición, se encuentra el sujeto utópico capaz de desplegarse.

Estamos hablando del hombre que no espera, que simplemente es. De ahí que sea un imperativo ético plantearse, no en la forma de una exigencia ética heterónoma, el esfuerzo de retomar la dimensión de lo humano que se manifiesta en el trascenderse del tiempo, como condición constitutiva del propio discurso. El hombre pero no como simple objeto del discurso, ya que por emancipado que éste sea, el hombre sigue siendo un objeto externo, en vez de ser la voz que lo exprese en su propia gestación como sujeto.<sup>27</sup>

Es algo que han pretendido responder las grandes enseñanzas sobre el sujeto. Pues, ¿qué es aquello que está detrás del marxismo, del psicoanálisis, de la fenomenología? Es el hombre en su posibilidad de hombre y en su riesgo de perderse. El esfuerzo de exaltación, la pasión de poder ser, el esfuerzo de estar erguido. El hombre como conciencia de un proyecto, pero que a veces se precipita arrasándolo, como en otras se retrasa y lo atrapa. Aunque en ambas situaciones se da el desconocimiento del hombre-proyecto por el hombre-inteligencia, este último como el estar atrapado por el "deber ser" del discurso del poder que impregna la academia, las empresas, las familias, la misma cotidianidad, por sobre el siendo del estar agónicamente para mirar, como luchador, las potencialidades de seguir siendo en todas las posibilidades de un pensamiento autónomo.

Detrás de estas concepciones del sujeto humano se encuentra la realidad social como orden y desorden, de instancias, de emergencia y de despliegues, de subjetividades en conjunción o en oposición que constituyen su espacio y tiempo, pero que a la vez expresan un espacio y un tiempo, o a un tiempo y a su espacio. En esta diversidad, es posible nuestra polifonía de instantes y direcciones diversas, mediante lenguajes, pensamientos e inteligencias, conjugándose en el proceso de asumirse como sujetos erguidos. Es posible desplegarlos y envolvernos, dibujando horizontes y espacios entre muros, soñando y midiendo. Siempre siendo desde

---

<sup>27</sup> Es sintomática la coexistencia de muchos discursos que predicán a favor del hombre, pero donde con mayor frecuencia se dan situaciones donde se desconocen sus derechos, o, peor aún, en las que se busca coartarlo, limitarlo o disminuirlo en sus potencialidades. En verdad, hablar sobre "el hombre" no significa salvarlo. Salvarlo no obliga a describir sus derechos, o recordar sus valores, sino a suscitar la conciencia de su mismidad, asumir sus angustias como exigencias de voluntad, a sus afanes como necesidad de mirarse en su debilidad, y a su debilidad como forma de conciencia de sus limitaciones. Significa mostrarse a sí mismo con una incompletad que transcurre en su necesidad de transcurrir.

nuestra necesidad de despliegue; y el despliegue como necesidad de ser, así como refugiándonos en la identidad quieta. Es esta una opción histórica en la voluntad de ser sujetos protagónicos o no; recuperando el espacio de acción no como mínimos zoológicos sino como microespacios hacedores del macroespacio total.

Se corresponde lo anterior con la experiencia de la historia como lucidez hecha de instintos y voluntad de hacernos sujetos desde el magma de la vitalidad, que nos cerca y engloba de muchos mundos posibles. Que exige pensar, no desde fuera, sino desde el transcurrir mismo del sujeto. En consecuencia, lo real es el despliegue que conforma al sujeto desde su propia existencialidad; por consiguiente, donde la conciencia es verbo en busca de su predicado como suficiente descripción de universos para ser ocupados por las distintas formas particulares que pueden revestir la conciencia (teórica, ideológica, estética, religiosa, etc.). Lo maravilloso de esto es que es una opción, en el ejercicio mismo de la libertad, que hace que se rompan las cadenas internas de la inercia y la comodidad.

Desde este ángulo se desprende que el sujeto es conformador de sentidos desde su tiempo y desde su espacio. Historia y conciencia, objetividad y opciones según sean las posibilidades que las circunstancias y la disposición a transgredirlos. Cabe detenerse en algunas implicaciones de lo que decimos.

Estamos hablando de una realidad en movimiento como siendo la base de la necesidad de conciencia no restringida a objetos, o a intenciones unilaterales, sino de una conciencia orquestadora de ámbitos de sentidos posibles; que tenga relación problemática con muchos planos de la realidad, como es la relación entre despliegue y dinámicas internas que conforman los fenómenos sociales y los parámetros que conforman a los sujetos; así como la observación de si el despliegue se asocia con la capacidad del sujeto para gobernarse a sí mismo. Esto supone estar en contra de quienes piensan que, como se recuerda, “el proceso de iluminación del hombre, que se vendría realizando en la época actual, lleva consigo la desaparición del sujeto en cuanto a responsable del mismo devenir [...]”.<sup>28</sup>

Consideramos que lo que está en discusión es un nuevo concepto de la voluntad de construcción de realidades, con base en el despliegue cotidiano y no en la esfera solamente de los grandes proyectos históricos. Ello involucra aspectos epistémicos y metodológicos en la construcción de conocimiento. El devenir de sí mismo es la secuencia de coyunturas y esto abarca: voluntad, realidad, movimiento en donde se desenvuelve el sujeto en el tiempo y espacio de su vida diaria. Equivale a concebir al futuro desde las existencias compartidas, lo que es el redescubrimiento

---

<sup>28</sup> Barcellona, *op. cit.*, p. 36.

del sujeto desde el sentido gestador de los planos microsociales. Y que lleva a replantear la investigación social desde la explicitación de problemas sociales coyunturales en su devenir estructural develando las dimensiones de realidad que configuran esa coyuntura, más que plantear hipótesis acerca de la misma. Así se responde a la pregunta sobre qué quiero saber de la realidad que se muestra y cómo enriquecer la vida personal, entendida como el movimiento que proporciona trascendencia a la conciencia de incompletud.

Es este un problema que se explota claramente en sus dos dimensiones, de conocimiento constructor de realidades y en su sentido existencial, cuando el hombre se ha encontrado en situaciones límite. En efecto, según testimonios, como los de Bruno Bettelheim, escapado de Buchenwald, “el tema de la dignidad es evocado [...] en el marco de la autonomía”; pero donde lo verdaderamente importante es el rescate del sujeto con autonomía, “como la actitud interna del hombre para gobernarse a sí mismo”; ya que es la voluntad la que desempeña “el papel de lazo entre la conciencia y el acto”.<sup>29</sup> Es la lucha por tener voluntad propia.

Los prisioneros [...] se daban cuenta [...] que conservaban lo último, sino lo más grande de la libertad: elegir su actitud en no importa qué circunstancias. Los prisioneros que lo comprendían plenamente se daban cuenta de que era eso, y únicamente eso, lo que constituía la diferencia crucial entre preservar su humanidad (y a menudo la vida misma) y aceptar morir moralmente (lo que entrañaba con frecuencia la muerte física).<sup>30</sup>

Esto es, comprender que la autonomía es la tensión de reconocerse en la posibilidad de decidir cómo, qué y para qué pensar en cada momento: no limitarse a poseerse ni percibirse según el efecto modelado por las circunstancias, sino desde el esfuerzo de forjarse desde sí mismo. Y así también se es (o no) intelectual, pensador, investigador de el hombre en sociedad, posibilidad que debemos siempre analizar desde la perspectiva de los espacios que la sociedad ofrece, a veces reducidos a verdaderos resquicios para la realización del sujeto, lo que implica replantear qué se piensa, qué se construye como conocimiento de la realidad y, por lo tanto, qué se investiga.

En este marco son importantes las consecuencias que puedan tener en el actual momento histórico (finales del siglo XX e inicios del siglo XXI) los cambios en las estructuras ocupacionales, en la medida que éstas, además de representar el

---

<sup>29</sup> Tzvetan Todorov, *Frente al límite*, Siglo XXI, España, 1993, p. 68.

<sup>30</sup> *Ibíd.*, p. 68.

sustento, son el medio para encontrar las posibilidades buscadas de reconocimiento. El trabajo como el símbolo de independencia y el medio para progresar “sin lo cual desaparece el estímulo a aprender y la vida queda dominada por el vacío”.<sup>31</sup> ¿Cómo se vive hoy esto en nuestros países arrasados por la pobreza y el desempleo? ¿O bien, en los tan mentados “acuerdos de paz” impuestos en espacios atravesados por la violencia cotidiana?

Reiteramos el planteamiento central de este trabajo: el despliegue con su creación de espacios y de tiempo es el sujeto concreto en su existencialidad, esto es, como posibilidad determinada por “las estructuras y figuraciones formadas por las interrelaciones de individuos”.<sup>32</sup> Interrelaciones entre individuo y grupo que definen las condiciones del despliegue y su función: el despliegue como el dar contenido “existencial” a lo socialmente dado, a la vez que como transformación de lo dado que parametriza al imaginario del sujeto; pues lo dado en tanto espacio regulado también constituye espacios posibles de lo nuevo, aspecto este último que tiene relación con la ampliación en las posibilidades del sujeto.

De acuerdo a la perspectiva sumida, la historia se asocia con la necesidad de construcción, construcción de involucramiento y cierre, de “ya no es posible hacer nada”, de epitafio, o bien, de apertura de riesgo, de vida, de “es posible”, opción que opera en la construcción del sí mismo y, por ende, en la construcción con el otro; o bien contra el otro. Lo que define un conjunto de parámetros potenciales básicos, definidores de ángulos epistémicos para comprender al ser humano y el estar en la historia que, desde nuestra postura, se ubica en el trasfondo mismo de la historia producida en la historia sedimentada. Esto es, en la historia como constante plasmación de vida, por consiguiente del sujeto concreto y de lo real como necesidad de ámbitos de sentido.

Potenciarnos frente al otro es no solamente lo sostenido por Lévinas, sino que implica un mecanismo más básico, inclusive primario de supervivencia del ser, como el que se ha puesto de manifiesto por Todorov. En efecto, para Lévinas “el sentido de la existencia [...] consiste [...] en estar abocado a la exterioridad más absoluta, que es la presencia, y más aún la demanda, de otro hombre”.<sup>33</sup> El estar como el sentido de ser sujeto que supone erguirse como tal ante el otro; situación vital que

---

<sup>31</sup> Adam Schaff, *¿Qué futuro nos aguarda?*, Crítica / Grupo Editorial Grijalbo, Barcelona, 1985, p. 136.

<sup>32</sup> Norbert Elias, *Compromiso y distanciamiento*, Península, Barcelona, 1990, p. 47.

<sup>33</sup> Alfredo Siedl, “Lévinas: ¿Cómo vivir en esta tierra?”, en *Vidas filosóficas* (presentación de Tomas Abraham), Eudeba, Buenos Aires, 1999, pp. 182 y ss.

se ha podido reconocer en circunstancias límite como las analizadas por Todorov, en las que se muestra la fuerza de lo humano.

Con Todorov nos referimos a la capacidad de sobrevivencia que se puso de manifiesto en los campos de concentración. "Cuidar más del sufrimiento del otro que del propio es sin duda la única manera de mantenerse como ser humano en un campo. Para ninguno de nosotros se trataba de heroísmo, se trataba más bien de actos de autoconservación"; ¿por qué era esto así?: "a través del cuidado por el otro se tiene la impresión de reencontrar la dignidad y el respeto hacia uno mismo, puesto que se captan actos que la moral ha considerado siempre como loables; es así como el sentimiento de dignidad refuerza nuestra capacidad de mantenernos vivos".<sup>34</sup>

El planteamiento de que el despliegue del sujeto transforma a lo dado, porque es manifestación de su capacidad y voluntad de construcción, implica entender la relación del sujeto con el poder de manera no sumisa, liberado de toda resignación y del fatalismo con el que aquél se protege frente a sus posibles embates. Si estamos de acuerdo con Deleuze en que las cuestiones de poder se definen "por lo que se le escapa y por su impotencia más que por su zona de poder", entonces es consustancial a todo poder la resistencia a él, lo que constituye el despliegue del sujeto como constructor de nuevos espacios. La cuestión es salir de los parámetros absolutos impuestos por el poder y buscar conscientemente estos modos de resistencia en los "espacios de poder que se escapan".

Lo que en la vida diaria, o rutinaria y convencional, de un hombre no se percibe, como son los resquicios que deja el poder, surge claramente en las situaciones límites de la existencia cuando el hombre queda reducido a lo mínimo. "El intento de totalización no es más que una de las pretensiones del poder. Siempre hay una hoja que se escapa y vuela bajo el sol. Los ángulos de fuga, los hoyos negros del poder, son innumerables en toda sociedad y circunstancia".<sup>35</sup> Porque, en efecto, en los campos se pudo observar como en la realidad concentracionaria "como dispositivo inexorable y perfecto" se podía "construir una sociabilidad distinta a la que impone la institución",<sup>36</sup> apareciendo "el punto ciego del poder: su-auto-sobre dimensionamiento"; ya que el poder "totalizador tiene una gran debilidad: se cree auténticamente total",<sup>37</sup> en circunstancia que está corroído por innumerables

---

<sup>34</sup> Todorov, *op. cit.*, p. 95.

<sup>35</sup> Pilar Claveiro, *Poder y desaparición. Los campos de concentración en Argentina*, Colihue, Buenos Aires, 1998, p. 24.

<sup>36</sup> *Ibid.*, p. 108.

<sup>37</sup> *Ibid.*, p. 127.

resquicios que muestran algo fundamental: “el poder [...] nunca puede ser total; que es precisamente cuando se considera omnipotente es cuando comienza a ser ingenuo o sencillamente ridículo”.<sup>38</sup>

La significación de lo que decimos está en que el poder representa el gran desafío para el sujeto, en cuanto a sus posibilidades de crear nuevas opciones y parámetros, o bien, de someterse a éstos. Quizás una de las formas de sometimiento que se tiene que afrontar son las lógicas de atomización que empujen al sujeto al repliegue de su soledad, bajo el eufemismo de la libertad ciudadana; particularmente grave en el contexto de la sociedad contemporánea con su tendencia a la autorregulación y a su pretensión de prescindir del actor humano. Como ha observado N. Elias, en sociedades que exigen y condicionan un alto grado de individualización, impulsa “a las personas a sentirse a sí mismas [...] como seres separados unos de otros por murallas poderosas”; condición de homo clausus que hace difícil, o imposible, que el sujeto “adquiera el distanciamiento necesario para verse a sí mismo como parte de un tejido de interrelación que también integra a otras muchas personas [...]”.<sup>39</sup>

De este modo se refuerza la idea del hombre “bien alimentado y divertido, aunque pasivo, apagado y poco sentimental, [que] está siendo transformado en una parte de la máquina total”.<sup>40</sup> Es el sujeto apto tecnológicamente pero mínimo como humanidad hasta el extremo de que, como afirma Barcellona, “nada parece consentir darle un fundamento a la misma intención de libertad [...] no logramos identificar al “portador” de esta pretensión: la misma noción del hombre y humanidad nos parecen generalidades insostenibles [...] la disolución del sujeto se ha consumado dejando tras sí una estela de sensaciones puntiformes”.<sup>41</sup>

Este contexto plantea tener que reaccionar frente a ese sujeto mínimo, rescatándolo desde sus espacios, por limitados que éstos sean, a partir de desarrollar y asumir la conciencia del movimiento propio de lo constituyente, que plantea como central la capacidad de elegir entre construcciones posibles.

El desafío es poder reconocerse como sujeto en lo que uno es y hace y, en tanto tal, ser capaces de reconocer la necesidad de sentido y de volcarse hacia su construcción, lo que es quizá el sentido actual y existencial de la “vigilancia epistemológica” a la que hacía referencia Bachelard. Afirmamos que el sujeto es la negación de pertenecer a un mundo de lo dado, pues de serlo es mínimo; porque

---

<sup>38</sup> *Ibíd.*, p. 128.

<sup>39</sup> Elias, *op. cit.*, p. 53, nota 4.

<sup>40</sup> Fromm, *op. cit.*, p. 13.

<sup>41</sup> Barcellona, *op. cit.*, p. 17.



asumirnos como sujeto es convertirnos en ángulo de lectura, como ser "agónico", traspasando las condiciones estructurales propias de lo objetivo-dado para hacer de ellas un mundo de horizontes; exigencia que se corresponde con la recuperación de la pasión por conocer y pensar ese conocer.

Es la fuerza de lo incierto con la que buscamos modelar al pensamiento; un pensamiento que permita caminar por los contornos del conocimiento instituido, sin certezas, sin refugiarse en los anaqueles de las bibliotecas, ni en los ficheros de los especialistas, pero con la esperanza de no perdernos en la vastedad inaprensible. Y que supone un repliegue como el de San Agustín que, cansado, "no se dirige hacia las cosas, sino hacia sí mismo, [y] le pregunta a su cuerpo, la pregunta a su alma; y también ambos responden que son, pero que no son Dios". Pero para quien "a pesar de todo el esplendor del universo creado, no puede comparársele al alma humana".<sup>42</sup>

Será necesario liberar al sujeto del discurso de manera que éste sea la presencia de lo abarcable desde lo inabarcable, en forma de que eleve al sujeto y no lo atrape, congruente con los requerimientos de la existencia y de la historia; pues la objetividad de sus contenidos estarán siempre mediados por un sentido de mundo que envuelve a las verdades.

Es por esto que la utopía es constitutiva de lo humano. Porque es "un estado, una forma de ser. Es una disposición interna, un intenso estar listo para actuar".<sup>43</sup> Tiene que ver con el sentido de trascendencia del sujeto que transgrede lo dado en la búsqueda de finalidad a las cosas, como es el hacerse del mundo en cuanto éste consiste en establecer un lazo de continuidad entre distintos momentos.

El problema es cuando esta fuerza interior se va aquietando, acallando, y con ese acallarse el hombre se pierde a sí mismo, se tecnologiza por tender a subordinar sus capacidades para actuar a lo que la tecnología define como el campo de lo humano. De ahí que cuando la conciencia del ser se amplía para ubicarse en lo real, en tanto mundo, no tiene que ver con la verdad sino con la necesidad que proporciona sentido a la vida. "Lo verdaderamente fáustico es que el hombre sigue viviendo a pesar de la ruptura con su entorno y consigo como sujeto. La vida humana es algo más que un hecho biológico. La vida del hombre cobra sentido en su relación con otros hombres".<sup>44</sup> El hombre, en última instancia, aparece irreductible a las determinaciones: lo que refuerza y hace comprensible la idea de la historia como quehacer humano.

---

<sup>42</sup> Miguel Rosi, "Agustín: una tensión existencial", en *Vidas filosóficas, op. cit.*, pp. 151-152.

<sup>43</sup> Fromm, *op. cit.*, p. 23.

<sup>44</sup> Calveiro, *op. cit.*, p. 104.

Pero no se trata de describir las relaciones interactivas entre individuos sino de encontrar los espacios micro/macrosociales y dar cuenta de sus consecuencias sobre el individuo. Se busca romper con los espacios parametrizados construidos por la sociedad para penetrar en sus dinamismos constitutivos; y, de esta manera, contribuir a colocar al sujeto ante sus circunstancias en vez de limitarse a encuadrarlo al interior de sus condiciones. Es aquí donde se plantea la necesidad del tiempo, o el tiempo como la necesidad de un presente que en la conciencia de su complejidad hemos llamado presente potencial.

Es alucinante recordar la lucidez que se ha tenido por algunas mentes esclarecidas acerca de la idea de presente. Es el caso de San Agustín: "lo que resulta claro y manifiesto es que no hay cosas pasadas o futuras. Ni dice bien quien dice: hay dos tiempos, el pasado y el futuro"; estaría mejor decir: "hay tres tiempos: un presente de las cosas pasadas, un presente de las cosas presentes, y un presente de las cosas futuras".<sup>45</sup> En este sentido, el esfuerzo por asumirse como sujeto potente, utópico, que es lo propio de la necesidad que surge de la incompletad, transforma al tiempo en lo indeterminado-determinable, y es lo que caracteriza la capacidad del sujeto para desplegar sus potencialidades. Para lo cual se requiere de una memoria que alimente a las visiones utópicas, pues "sólo los momentos en que los hombres tuvieron conciencia de un largo pasado común a todos ellos, un pasado expresado en los ritos y luego en la literatura y la historia, puede surgir la conciencia de la historia como un movimiento de progreso que se inició en el pasado, pasa por el presente y seguirá avanzando en el futuro".<sup>46</sup>

Estamos colocados ante un límite abierto, por estar en movimiento, que exige de un sentido desde el cual potenciar en diferentes direcciones; por lo tanto, hay que resolver acerca de la necesidad que rige los procesos históricos no como mero registro historiográfico, sino como procesos constructores de presente. Para ello el sujeto ha de ser capaz de develar a lo potencial, no como discurso abstracto, sino como forma epistémica de construir realidad; en consecuencia, de manejar al tiempo como expresión de la necesidad de estando-ser, así como la noción de futuro como horizonte y no como una finalidad contingente. De este modo el hombre consciente de su poder se enfrenta a la tarea de reconocer opciones para leer a lo potencial desde situaciones histórico-sociales altamente indeterminadas.

Lo anterior se relaciona con la urgencia de desarrollar un pensamiento capaz de proporcionar una visión del proceso histórico, desde la riqueza de sus dinamismos

---

<sup>45</sup> Robert Nisbet, *Historia de la idea de progreso*, Gedisa, Barcelona, 1998, p. 98.

<sup>46</sup> *Ibid.*, p. 447.

constitutivos, de su acaecer, de sus modos de desenvolvimiento. Ello supone revisar el cómo se ha estado construyendo la memoria, recuperar el pasado experimentado por sobre el pasado producto del especialista. Supone un pensar epistémico que nos pueda colocar ante la historia, superando los diferentes compartimentos estancos de las historiografías especializadas. Como observa Nisbet, "bajo el nombre de historia ya no se estudia el pasado ni la historia, sino que aparece una serie de estudios sociales y de noticias, o bien, un batiburrillo de "pasados", pasados cada uno de ellos en temas ideológicos de moda como la sexualidad, la etnia o cualquier estructura ideológico-política, con lo cual el resultado final es una absoluta falta de armonía".<sup>47</sup>

Lo dicho apunta a denunciar un predominio de ángulos limitados a lo disciplinario en la construcción del conocimiento que lleva a su fraccionamiento y tecnologización, o bien, a temáticas que son indicativas de situaciones simplemente coyunturales (intereses de grupo, conflictos entre proyectos), solapándose lo coyuntural con lo estructural, perdiéndose la posibilidad de que el conocimiento sea el producto de una mirada que traspase el plano de lo morfológico. Con lo que se pierde todo sentido articulador y potenciador sobre la realidad histórico-social como el que contiene la conciencia histórica.

Si la conciencia histórica del sujeto es la conciencia del movimiento constitutivo, que trasciende los límites que permiten reconocer identidades sociales dadas, se corresponde con la conciencia de existir en la historia, o del devenir que traspasa toda forma; por eso representa la necesidad misma de la forma. La conciencia histórica es esta necesidad, pues coloca como premisa del sujeto al sujeto: es el sujeto frente al sujeto que deviene en condición de mundo desde la fuerza de sus prácticas creadoras.

Desde esta óptica, representa la forma, por antonomasia, del pensar *ante* el momento y sus circunstancias, por lo que está volcada hacia la gestación de momentos en que el sujeto se reconoce; de ahí que tenga que impulsar un tipo de trabajo teórico diferente que se acompaña de modos de pensar que no se agotan en sus "funciones cognitivas".

#### CONTRIBUCIONES DE LA HISTORIA AL PENSAR HISTÓRICO DESDE LA CONCIENCIA HISTÓRICA

Podemos preguntarnos, ¿hay en el discurso sobre la historia elementos que trasciendan la función cognitiva, de modo de transformarse en premisa para volver a

---

<sup>47</sup> *Ibid.*, p. 452.

re-pensar al pensar teórico? Para responder este interrogante, debemos previamente precisar la problemática.

En el trasfondo de la argumentación está el intento por canalizar el pensamiento sobre el sujeto rompiendo con la estructura discursiva sujeto-objeto, en forma de incorporar otras exigencias de razonamiento. Es así como a objeto se contraponen horizonte; a explicación la necesidad; y a apropiación la colocación, constituyendo las funciones de la conciencia histórica como premisa del pensar teórico.

El quid de la cuestión es aproximarse a cómo se presenta la necesidad de ser sujeto más allá de lo denontológico: esto es, asumir la necesidad en lugar del simple deber-ser que, con una u otra modalidad, siempre ha caracterizado al discurso ético.

Asumir la necesidad es un acto de conocimiento y de voluntad relativo a lo que significa saber y querer esta en el momento presente abierto a sus demandas. Por abierto se considera al sujeto en la totalidad de sus facultades y disposiciones, tanto en su pensamiento como en su sensibilidad; por su parte, lo que llamamos demanda se corresponde con posibilidades de realidades según sentidos posibles de construcciones optativas, en la relación sujeto-mundo y, como venimos diciendo, no reducidas a lo objetual ni tampoco a lo puramente cognitivo.

La preocupación básica es potenciar al ser-sujeto, como condición del pensar, que consiste en que el sujeto permanezca alerta ante el movimiento de este movimiento, de sus límites de acción y posibilidades de proyección, y, en consecuencia, a la necesidad de enriquecer su subjetividad en el transcurrir de su vida cotidiana. Cabe cuestionarse ¿qué modalidades de los discursos actuales del pensamiento social contribuyen a este cometido? Merece una investigación detallada, aunque por ahora nos limitaremos a una incursión exploratoria sobre la relación entre pensamiento y sujeto.<sup>48</sup>

¿El pensamiento que surge de la historiografía refleja al sujeto en su despliegue y potencialidad, o, por el contrario, se limita a reducirlo a la condición de objeto? Interrogante que nos coloca ante el desafío de promover pensamiento más que conocimiento erudito, codificado, a la vez que rescatar al sujeto a partir del movimiento de su subjetividad, concebido éste como la secuencia del pensar histórico. ¿Se encuentran en los textos históricos algunas claves para descifrar la presencia de esta secuencia? En este sentido, ¿cómo el pensamiento desde la historia

---

<sup>48</sup> Es lo que con la inclusión de las formas de lenguaje del pensamiento pretendemos investigar en el próximo trabajo *América Latina en sus lenguajes*, del cual la presente reflexión, como decimos en la presentación, cumple la función de introducción metodológica.

permite estar alerta del propio movimiento? Alerta que se compromete con un proceso epistémico (subjetivo e inter-subjetivo) que conlleva la conciencia del estando-ser como la historicidad del sujeto, en tanto ángulo para la construcción del conocimiento. La historicidad es una forma de conocer que conjuga conocimiento con conciencia, en la medida que desde su perspectiva el conocimiento "es" conciencia porque implica entender a la conciencia histórica como el movimiento de lo pensado, percibido y actuado desde la alerta respecto del movimiento propio de asumir al estando-ser como exigencia de conciencia, aunque retomada como premisa del pensar teórico-explicativo.

Como premisa, la función que cumple la conciencia histórica es servir de condición de posibilidad para reconocer las potencialidades de lo dado, por lo tanto, es una categoría para la construcción de conocimiento científico. Lo posible como ángulo epistémico nos coloca en situación de develamiento y creatividad que impulsa a trascender a la identidad del objeto desde su mismo movimiento. Lo que en el plano de la subjetividad del sujeto concreto se corresponde con la transformación de la exterioridad en necesidad de prácticas sociales. En otras palabras, de la realidad en mundo donde lo que cuenta es el despliegue del sujeto.

De lo que decimos se desprende que la conciencia histórica como premisa del pensar teórico supone que no puede pensar históricamente el sujeto que no se asuma como constructor. Ello porque la condición de ser sujeto descansa en su despliegue en espacios en los que construir sentido, ya que tiene lugar el ellos el distanciarse de sí mismo negando a lo dado en forma de reconocer la propia potencialidad. De esta manera la conciencia histórica deviene en una mediación que evita reducir lo humano a pura individualidad, o bien, a la individualidad en simple postura ética solitaria. Pues implica reconocer que los espacios de despliegue tienen lugar en la tensión entre el pasado, respecto del cual se produce un distanciamiento, y las visiones de futuro como necesidad de mundo que no son estrictamente personales.

¿En qué contribuye a desenvolver estas posibilidades los discursos sobre el rescate del sujeto? En las distintas preguntas sobre la conciencia histórica ¿se contienen en desarrollo, o, por lo menos, en embrión los elementos de una nueva lógica de pensamiento de la realidad sociohistórica?; o, en el esfuerzo por dar cuenta del sujeto en la historia, ¿se produce o no un rompimiento con un discurso clásico sobre objetos exteriores plasmados con la impronta de la relación sujeto-objeto? En otras palabras, ¿cómo se puede rastrear la presencia de la conciencia histórica, su naturaleza y funciones, en diferentes posturas intelectuales relacionados con la historia?

En los desarrollos de algunos historiadores encontramos antecedentes de la presencia de relaciones que pueden servir para desarrollar esta lógica, de modo que no resulte siendo una simple elucubración o abstracción sin fundamentos, sino reflejo de niveles superiores de conciencia que asoman en los discursos disciplinarios centrados en la relación sujeto-objeto. De ahí que podamos afirmar que el pensar histórico se ubica en la línea grande del proceso de desarrollo y maduración en el hombre de un razonamiento cada vez más inclusivo de planos de la realidad. Desde esta perspectiva la conciencia histórica plantea un manejo del tiempo que no queda reducido a la determinación de objetos sino que, por el contrario, está abierto hacia la determinación de lo potencial cuya traducción más tangible es el reconocimiento del momento como expresión del fluir temporal desde el cual reconocer la potencialidad de distintas opciones (políticas, económicas y culturales).

A este respecto, la revisión del pensamiento historiográfico permite encontrar distintos elementos con los que dar cuenta del tiempo. Es así como se pueden identificar conceptos tales como los de salto, finalidad, esperanza, futuro, como términos que refieren al encuadre del tiempo como valor en el que se condensa la aventura por seguir siendo inercial, o bien, potencialmente, sujeto social.

En el caso de concepto de salto, el futuro resulta en una creación que quebranta la continuidad histórica, asociada a la idea de la clase revolucionaria que "con su tendencia al porvenir reivindica para sí mismo la personificación exclusiva de la humanidad; mientras que la otra clase y todo el pasado quedan rechazados fuera de la humanidad",<sup>49</sup> como proceso inercial. Pasado y futuro se reducen así al contenido de la experiencia y al proyecto de determinada clase, no revistiendo significación el tiempo y el espacio que se pueda estar configurando entre o en la relación misma entre sujetos.

Es ésta una concepción para la cual "el provenir se presenta como una creación en absoluto, que nace de la nada",<sup>50</sup> que encontramos en Lassle, pero que tampoco es totalmente ajena en Marx y Engels. Concepción catastrófica que "transfiere en un momento del porvenir el punto crítico de tránsito del pasado al porvenir", que acentúa su función separadora "al hablar de un salto del reino de la necesidad al de la libertad".<sup>51</sup>

Pero también se aprecian otras formas de incorporar al tiempo como es la idea de finalidad que convierte al futuro en esperanza o logro terminal de la historia

---

<sup>49</sup> Rodolfo Mondolfo, *Espíritu revolucionario y conciencia histórica*, Ed. Populares, Buenos Aires, 1955, p. 29.

<sup>50</sup> *Ibíd.*, p. 30.

<sup>51</sup> *Ibíd.*, íd.

hecha dogma. Es en este marco que cabe la pregunta de Raymond Aron; "por qué una historia que no está gobernada por nadie, que estaría librada a las determinaciones de los individuos y las clases en lucha, se dirigía infaliblemente hacia ese término?, ¿por qué la aventura ha de terminar bien?".<sup>52</sup> Se inaugura una reflexión sobre el seguir siendo, pero ya no como expresión de una necesidad que se potencia en una dirección sino como una incertidumbre que se razona con un sentido renovado para ser hombre. Pregunta a la que una posible respuesta puede encontrarse en la idea de recuperarse desde el esfuerzo constructor del hombre.

Es así como cabe concebir a la realidad histórica en tanto producto de la capacidad constructora del hombre, construcción que puede ser ajena a la idea de finalidad. Se encuentra desde aquella contribución de Aron, respecto de lo aleatorio del acontecimiento histórico<sup>53</sup> hasta la afirmación que incorpora la idea de construcción pero ceñida a una "racionalidad social", o de proyecto;<sup>54</sup> lo que se reafirma con la idea de que "[...] todo en la ciencia, desde sus procedimientos a sus conclusiones concretas y la teoría en que se agrupan éstas, sea alguna función o propósito político específico, asociado con algún grupo u organización social o política también específica".<sup>55</sup> Lo que decimos ilustra acerca de algunas formas de utilizar el tiempo por los historiadores.

Pero tanto el tiempo como el espacio suponen resolver la cuestión de la intencionalidad de los sujetos, que, por ser el trasfondo de sus acciones, muestra a la historia como experiencia y proyecto personal a la vez que social, en consecuencia a la realidad como articulación compleja entre ámbitos de sentidos; ya que, en efecto, "el sujeto socio-cultural opera sobre su contexto con cierta intencionalidad **■consciente o inconsciente■** en virtud de la cual su acción adquiere sentido y justificación".<sup>56</sup>

Discusión que apunta a constatar cómo la idea de construcción se asocia con el planteamiento de que el futuro pueda determinarse por la voluntad según una cierta necesidad. En verdad, "la exigencia ideal por medio de la realidad histórica se refiere al problema de la posibilidad", pero esta posibilidad debe ser "también

---

<sup>52</sup> Raymond Aron, *Dimensiones de la conciencia histórica*, FCE, Col. Popular, México, 1992, p. 42.

<sup>53</sup> "La guerra del Peloponeso es inteligible a la manera de un drama en que una mezcla de decisiones reflexionadas, de falsos cálculos, de impulsos irracionales, de azares, ha determinado su curso" (Aron, *op.cit.*, p. 41).

<sup>54</sup> "[...] La historia no puede prescindir de la conciencia, la cultura y la acción intencional dentro de instituciones que sean obra del hombre" (Eric Hobsbawn, *Sobre la historia*, Crítica/Grijalbo, Barcelona, 1998, p. 78).

<sup>55</sup> *Ibid.*, p. 134.

<sup>56</sup> José Luis Romero, *La vida histórica*, Sudamericana, Buenos Aires, 1988, p. 198.

requerida por un determinismo histórico".<sup>57</sup> Por eso tenemos que considerar que de la forma de pensar lo histórico surge la necesidad de reconceptualizar a los parámetros del pensamiento, en la medida que "el historiador no puede dejar de interpretar el devenir [...]",<sup>58</sup> como tampoco ningún trabajador de la cultura o de las Ciencias Sociales. Devenir que plantea la exigencia de tomar conciencia de múltiples posibilidades que nacen de la "relación con la totalidad de la que ha sido abstraída esta posibilidad".<sup>59</sup>

Por lo mismo debemos reafirmar la línea que arranca con la dialéctica hegeliana-marxista que plantea que ningún conocimiento puede dejar de considerar a la totalidad como exigencia de razonamiento, porque el conocimiento histórico en particular "no tiene por objeto una colección de hechos reales arbitrariamente reunidos, sino de conjuntos articulados, inteligibles".<sup>60</sup> Lo que plantea exigencias de razonamiento incluyentes, que obligan a una auto-exigencia del sujeto para "haberse vuelto extraño y enemigo de ese pasado y presente de los que él mismo sale".<sup>61</sup> Expresión de la problemática por ubicarse en el momento del transcurrir de la historia sin recurrir a reducirla a una constelación de objetos.

Planteamiento acerca de la inclusividad del pensamiento que se puede también encontrar reflejado en el discurso filosófico cuando procura rescatar una visión que incorpora la existencialidad del sujeto singular. En su crítica al marxismo estalinista, por ejemplo, Sartre parte de la constatación de que el sujeto está sometido a un proceso sin término, dentro del cual se ubica, por lo que su pensamiento debe poder reflejar a este movimiento que rompe con los parámetros que nos aquietan en una cierta identidad; pero también con los cortes reduccionistas a lo estructural. En su perspectiva, la verdad "es la totalización que se totaliza sin parar", que siempre "es y será devenida";<sup>62</sup> proceso que al no limitarse a un plano de la realidad, como ser el económico, abarca desde "los actos, las pasiones, el trabajo y la necesidad tanto como las categorías económicas",<sup>63</sup> que no están superpuestas ni aisladas. Planteamiento que está orientado hacia la recuperación del sujeto.

En la argumentación sartreana se busca encontrar el movimiento en el "enriquecimiento totalizador que engendra a cada momento a partir del momento

---

<sup>57</sup> Mondolfo, *op. cit.*, p. 37.

<sup>58</sup> Aron, *op. cit.*, p. 128.

<sup>59</sup> Willhem Dilthey, *Crítica de la razón histórica*, Península, Barcelona, 1984, p. 79.

<sup>60</sup> Aron, *op. cit.*, p. 121.

<sup>61</sup> Mondolfo, *op. cit.*, p. 31.

<sup>62</sup> Jean Paul Sartre, *Cuestiones de método. Estudios*, Instituto del Libro, La Habana, 1968, p. 15.

<sup>63</sup> *Ibíd.*, 67.



anterior, el impulso que parte de las oscuridades vividas para llegar a la objetivación final, en una palabra, el proyecto [...]”.<sup>64</sup> En cambio, en nuestra perspectiva con base en el despliegue la totalización dialéctica se organiza desde la conciencia y la voluntad constructora del sujeto, no simplemente desde el acaecer de lo real.

Lo que decimos es congruente con la idea de que la totalización se corresponde con los esfuerzos por pensar desde la historicidad como el espacio de potencialidad del sujeto. Sartre sostiene que “no habrá que definir al hombre por su historicidad **■**puesto que hay sociedades sin historia**■** sino por la permanente posibilidad de vivir históricamente las rupturas que conservan a veces las sociedades de repetición”.<sup>65</sup> No obstante, lo que es central es reconocer el espacio de autonomía del sujeto al interior de la totalización dialéctica; en este sentido, la exigencia de especificidad planteada por el marxismo se traduce en el reconocimiento de los espacios posibles donde poder-ser-sujeto. Es una forma de recuperar al sujeto saliendo al paso de la crítica sartreana al marxismo estalinista, en cuanto representó “la expulsión del hombre, su exclusión del saber marxista” determinando que “la conciencia humana quede cuajada en lo inhumano, y la realidad humana [...] comprenderse fuera de la ciencia”.<sup>66</sup>

De conformidad con esta argumentación, el despliegue representa tanto a las potencialidades desenvueltas como las no desenvueltas y no siempre conscientes del sujeto, el cual, simultáneamente con estar conformado por el contexto, tiene la potestad de transgredirlo y trascenderlo por un acto de voluntad que resulta de la necesidad de recuperarse constantemente. En lo que decimos subyace el problema de los diferentes modos para conceptualizar la inserción del sujeto que reconozca sus espacios de autonomía, o bien permanezca inerte bajo el peso de sus determinaciones.

A este respecto, debemos ser cautelosos cuando se emplea el concepto de proyecto, porque puede reflejar tanto la capacidad para adecuarse a los condicionamientos del contexto **■**proyecto conservador**■** como ser una manifestación de trascendencia proyecto potenciador. Nudo problemático que refiere a la cuestión del papel del sujeto en el marco de una realidad objetiva, sometida a regularidades, lo que ha sido la tesis clásica del marxismo; tesis cuyo desarrollo abre las puertas a nuevas exploraciones acerca de la relación entre individuo e historia.

---

<sup>64</sup> *Ibíd.*, p. 74.

<sup>65</sup> *Ibíd.*, p. 85.

<sup>66</sup> *Ibíd.*, p. 90.

Como afirma Schaff, “una fundamentación más profunda del problema del individuo humano a partir del papel del factor subjetivo en el conocimiento abre a la teoría epistemológica marxista nuevas perspectivas y posibilidades, le permite ver de un modo nuevo viejos problemas (por ejemplo, el problema de la teoría del reflejo) y abarcar nuevos problemas (por ejemplo, el papel del lenguaje en el conocimiento)”.<sup>67</sup> Lo que concuerda con Marx cuando afirma que el hombre “no es un ente abstracto, agazapado fuera del mundo. El hombre es el mundo del hombre [...]”,<sup>68</sup> sometido a la dinámica de su “auto-producción mediante el trabajo”; y que lleva al señalamiento de Gramsci de que “somos forjadores de nosotros mismos, de nuestra visión, de nuestro destino”; esto es, que se puede concebir al hombre como “un proceso, dicho más claramente, el proceso de sus actos”.<sup>69</sup>

Pero, ser forjadores de sí mismos no significa que se asuma la conciencia de ese papel o, más explícitamente, que se asuma esta actitud a escala de la vida diaria; por el contrario, se reduce la coyuntura a la estructura y se encarcela al hombre al sistema como si éste fuera hecho por dioses neoliberales o de cualquier naturaleza; de ahí que, más allá de la concepción del individuo como hacedor de su historia, lo verdaderamente importante sea enriquecernos como individualidades desde los espacios concretos en que se vive y se sueña con prescindencia de la naturaleza convergente o divergente de las concepciones sobre la realidad. En este marco es que se plantea la capacidad de reconocer y de elegir entre opciones en cuya perspectiva se potencia al sujeto.

Pensamos que el concepto de despliegue de potencialidades se vincula con el de libertad defendido desde hace muchos decenios, aunque sin éxito, por el humanismo marxista. Pensamos en el planteamiento de los clásicos de que “el problema de la libertad del hombre [...] no es una cuestión de juicios abstractos [...], sino [...] el problema de dar respuestas concretas acerca del tema de cómo los hombres realizan la elección de diversas posibilidades de actuación. [Pues] el hombre es tanto más libre cuanto más consciente es su elección de actos que tienden a un determinado fin”.<sup>70</sup> De manera que desde la exigencia de reconocer opciones, la conciencia histórica deviene en condición de libertad, tanto en cuanto se corresponde con la capacidad para crear espacios de realidad, reconociendo en las mismas circunstancias opciones de construcción desde lo necesario. Por ello es que

---

<sup>67</sup> Adam Schaff, *Marxismo e individuo humano*, Grijalbo, México, 1967, p. 52.

<sup>68</sup> *Ibid.*, p. 84.

<sup>69</sup> *Ibid.*, p. 94.

<sup>70</sup> *Ibid.*, p. 186.

podemos reconocer a esta postura como un antecedente del planteamiento de la conciencia histórica.

Recuperando lo anterior en el marco del pensamiento social, los desafíos consisten en enfrentarse con aquello que fluye necesariamente,<sup>71</sup> transgrediendo los parámetros que tratan de fijarlo, como son los que separan al proceso del acontecer del acontecimiento mismo, como su producto, subordinando la primera exigencia a la segunda como ángulo de lectura de la realidad. Y que es lo propio de la lógica de causas que, al pretender aprisiona al pensamiento en el sistema clasificatorio del antes y del después, impide reconocer al flujo de lo necesario más allá del esquema que separa pasado, presente y futuro, según cómo hemos socializado el manejo del tiempo por esta forma de razonar.

Lo cual para revertirse obliga a poner en el centro del debate la idea de lo potencial-gestante, pues “interrogamos a nuestro siglo con la esperanza de captar las fuerzas profundas que lo agitan [...]”;<sup>72</sup> sus dinanismos constitutivos que no se dejan atrapar por las estructuras predeterminadas de parámetros. Ello determina que se tenga que estar alerta de que los procesos “no se transformen en cosas”, porque el desafío “consiste exactamente en no inmovilizar el proceso de cambio o perder de vista sus peculiares ritmos”.<sup>73</sup>

Desde esta problemática, se vuelve a plantear el desafío, ya anticipado por Dilthey, de impulsar la empresa de las ciencias sin reducir la realidad histórica a una colección de objetos clasificados pero inanimados, lo que constituye el obstáculo para hacer de lo real el mundo de un sujeto capaz de enriquecerse a sí mismo como constructor; pero que, además, lo pueda ampliar a partir “de conocer esta realidad misma como un todo vivo”, aunque asumiendo desde el trasfondo la duda no superada “¿hay un conocimiento de ese todo de la realidad histórico social?”.<sup>74</sup>

Llegamos a un punto donde el tiempo hace sentir su presencia en la construcción del conocimiento. De los distintos modos de trabajar el tiempo, ya sea como discontinuidades del salto histórico, o como finalidad de sentido de una construcción que garantice la continuidad del hombre, o bien, penetrando en la hondura de lo potencial, todos parecen cuestionar su aprisionamiento en determinados parámetros para en su lugar abrirnos hacia lo inédito, que es la perspectiva desde la que se puede concebir la construcción de la historia como

---

<sup>71</sup> Al respecto del concepto de lo necesario: cfr. Hugo Zemelman, “En torno de las formas del razonamiento”, en *Revista Lenguas Modernas* (Universidad de Chile, Facultad de Filosofía y Humanidades, Santiago de Chile), 16 (1989).

<sup>72</sup> Aron, *op. cit.*, p. 39.

<sup>73</sup> Romero, *op. cit.*, p. 188.

<sup>74</sup> Dilthey, *op. cit.*, p. 80.

proceso; pero, además, como el punto de arranque para ejercer la vocación de construcción histórica. Nos colocamos ante el desafío de ubicarnos en el momento que nos determina, pero que a la vez nos impulsa hacia una ampliación de horizontes.

Se desprende de lo que decimos que podemos concebir el manejo del tiempo como equivalente al manejo de la subjetividad: esto es, como la dinámica de la autopercepción y determinación con base en el reconocimiento de las posibilidades para utilizar y ampliar los espacios; subjetividad desde la cual se construye al sujeto y que significa reconocer que éste tiene la capacidad para determinar lo historizable de lo real-externo. En consecuencia, el manejo del tiempo representa el esfuerzo por rescatar al sujeto desde la coordenada existencial, pero que se complementa con la comprensión de las posibilidades históricas contenidas en el momento en que éste se coloca.

Por ello, el momento cumple la función del ámbito donde se despliega el sujeto y su posible mundo de vida. Lo que tiene presencia en el discurso historiográfico de distintos modos según como se reconozca: como límite, como incertidumbre, como incompletad, o como transitoriedad, según si la delimitación refiere a la constatación de lo inevitable, o bien a una agitación continua, o la articulación entre regularidad y libertad, o simplemente a lo no teorizado pero existente. Modalidades de reconocimiento del momento que representan la diversidad de despliegues del sujeto: esto es, de afianzarse ante lo incierto mediante opciones que lo reafirman en la necesidad de ser sujeto.

El momento deviene en la conciencia de un límite que expresa la necesidad, el deseo y hasta el impulso de trascenderlo, a partir de constatar un déficit que se hace interior, esto es, conciencia y voluntad de..., "redención y renovación [que] no pueden salir sino del despertar y reaccionar de las exigencias negadas y ofendidas por la realidad",<sup>75</sup> lo que puede asumir una enunciación más epistémica, por ejemplo, cuando se afirma que "la realidad es histórica [...] al repudiar cualquier conversión de las categorías históricas en eternas".<sup>76</sup>

La historia es límite y transgresión si atendemos a su especificidad: la historicidad. De ahí que el momento haya de conjugar un estar-existencial con la necesidad existencial para estar más allá del momento; idea que implica un proceso constitutivo que determina que tanto la apropiación como la vivencia de esa realidad

---

<sup>75</sup> Mondolfo, *op. cit.*, p. 43.

<sup>76</sup> *Ibíd.*, p. 53.

que configure en la incerteza, pues “no existe nada que impida definir los sistemas sociales en términos de un cambio continuo”.<sup>77</sup>

Lo anterior supone considerar a la incertidumbre en la existencia y potencia del sujeto, por lo mismo en la propia alegría creativa de hacer-explicar realidades-mundos. “Se ha creído en el progreso [...] porque se ha creído en la bondad del hombre, en la capacidad de los hombres para gobernarse y, por así decirlo, de hacerse a sí mismos”.<sup>78</sup> Así como la historia es existencia compartida, la existencia es historia personalizada; de ahí que, como objetivación, la historia sea un despliegue del existir en tanto horizonte hecho de pasados y presentes potenciales (que es lo que lo hace a lo subjetivo un problema de la historia).<sup>79</sup>

Podemos estar de acuerdo en aquello de que “todos nos esforzamos por situar el momento presente en su devenir”;<sup>80</sup> sí existencialmente, pero no siempre en la construcción de conocimiento de ese presente. Asumir el devenir obliga a comprender que, antes que el rompimiento brutal y constante de parámetros, junto con la incertidumbre, que es parte de nuestra condición de sujeto y, en consecuencia, de nuestro pensar y sentir, está aquello que permaneciendo inédito refleja la incompletad del sujeto.

Incompletud que es la matriz de todas las necesidades de trascendencia, por consiguiente, que configura el contorno dentro del cual se lleva a cabo la búsqueda y el acuñamiento de ideas y conceptos sobre la verdad y lo real, de sentimientos y semblanzas de lo que es bello, así como la percepción de aquello desconocido que nos acecha, pero que también nos impulsa, y misteriosamente nos seduce a ser develado. Es la significación profunda del siendo. Por ello debemos cuidarnos del peligro que se deriva de que por habernos “obsesionados por lo ya visto desconocer lo inédito”;<sup>81</sup> ya que “el hombre aliena su humanidad tanto si renuncia a buscar como si imaginara haber dicho la última palabra”.<sup>82</sup>

Desde el ángulo de los límites conformados por la incertidumbre y la gravitación de lo incompleto, tiene sentido hablar de los esfuerzos por organizar desde una visión de totalidad de la realidad histórica, en tanto su índole es metodológica, la construcción de conocimiento en vez de circunscribirnos a un

---

<sup>77</sup> Hobsbawn, *op. cit.*, p. 33.

<sup>78</sup> Aron, *op. cit.*, p. 43.

<sup>79</sup> Siendo la incertidumbre la raíz del asombro, éste deviene en conciencia frente al tiempo, el espacio y la propia existencia compartida. La conciencia propia de esta condición, que lucha por su completad, es el tiempo como sentido del existir-existente en sí mismo y en los otros, así como la de los otros en uno mismo.

<sup>80</sup> Aron, *op. cit.*, p. 38.

<sup>81</sup> *Ibid.*, p. 131.

<sup>82</sup> *Ibid.*, p. 54.

esfuerzo, por demás estéril, por construir una teoría general; más bien se trata de responder al propósito de organizar una forma de conocimiento que nos permita tener siempre en cuenta “el modo de interacción entre diferentes aspectos de la vida humana, entre, pongamos por caso, la ciencia económica, lo político, las relaciones familiares y sexuales, la cultura en sentido amplio o estrecho, o la sensibilidad”.<sup>83</sup> Pero especialmente una visión acerca de los procesos constitutivos de lo real en base a la articulación entre regularidad y espacios de construcción, entre “las regularidades generales de la organización social y el cambio social, [que] establecen una relación entre ellos y las instituciones y los acontecimientos de lo político, y también [...] la singularidad de los acontecimientos y las peculiaridades de las decisiones concretas de los seres humanos”.<sup>84</sup>

Visión que lleva consigo la presencia de la transitoriedad para trabajar la conjugación entre pasado y futuro, en razón de su constante desplazamiento a lo largo del transcurrir histórico. “El conocimiento histórico [...] nos ayuda a comprender cómo ha llegado a existir el mundo tal como lo vemos”,<sup>85</sup> pero también “todo estudio histórico entraña hacer una selección, una minúscula selección de algunas cosas partiendo de la infinidad de actividades humanas del pasado y de lo que afecta a tales actividades”,<sup>86</sup> colocados en la perspectiva de “situar el momento presente en un devenir”.

En este sentido la conciencia histórica está marcada por la experiencia pero también por necesidades utópicas, porque “la historia se haya inevitablemente impregnada de modo hondo de ideología y política [...]”,<sup>87</sup> dimensiones que pertenecen a la exigencia de lo inédito pero posible de hacerse, o de la aventura que nos impele a seguir siendo existencial e históricamente. Representan el rescate del sujeto desde la existencia y desde la historia, de modo de asumirse ante las circunstancias para así enriquecer la visión de los espacios que éstas delimitan y en los cuales nos ubicamos. Es la conciencia del presente potencial que se corresponde con una postura racional y con un particular manejo del tiempo.

El modo como se maneja el tiempo en la conciencia histórica determina que el reconocimiento del momento permita incorporar la presencia del futuro en el presente; manejo que constituye la función epistémica de la conciencia histórica que

---

<sup>83</sup> Hobsbawn, *op. cit.*, p. 81.

<sup>84</sup> *Ibid.*, pp. 74-75.

<sup>85</sup> Aron, *op. cit.*, p. 132.

<sup>86</sup> Hobsbawn, *op. cit.*, p. 73.

<sup>87</sup> *Ibid.*, p. 82.

puede revestir variantes según como se rescate en los diferentes campos disciplinarios del pensamiento.

Los planteamientos acerca de la conciencia histórica pueden confrontarse con lo sostenido por algunos autores. Para Mondolfo, el concepto de conciencia histórica plantea la incorporación “de la vida y de la historia, cuya existencia y desarrollo parecen exigir [...] la agitación continua, como la supuesta bebida de inmortalidad, que al no ser agitada, se descomponía”;<sup>88</sup> pero también, como opina Aron, “es la conciencia de una dialéctica entre tradición y libertad, el esfuerzo por captar la realidad o la verdad del pasado”,<sup>89</sup> que se vincula con la historicidad del hombre, “posición a la que otros han llamado el carácter prometeico de la realidad histórica”.<sup>90</sup> Idea de libertad que, al vincularse con la construcción, instala la idea de futuro en el esfuerzo por comprender el presente en que ha cristalizado el pasado. Por su parte, Hobsbawn afirma que “el proceso de comprender el presente tiene mucho en común con el proceso de comprender el pasado, aparte de que comprender cómo el pasado se ha convertido en el presente nos ayuda a comprender éste, y éste supone algo del futuro”.<sup>91</sup>

Desafíos de conocimiento que, quizás como ningún otro esfuerzo cognitivo, conllevan un alto compromiso del sujeto, pues, como dice Romero, “quien aspire no sólo a la descripción sino a la comprensión de la vida histórica debe asumir la inevitable dosis de subjetividad y compromiso implícito en toda conciencia histórica”.<sup>92</sup> Una carga de subjetividad que trae consigo todo sujeto, ya que no solamente es una actividad intelectual sino también existencial en toda su vastedad. Como se recuerda.

[...]la dura tarea del hombre que se afana por indagar la verdad acerca del pasado [...] no está movida tan sólo por el deseo de descubrir ciertos aspectos de la realidad [...] El apetito de conocer el pasado se despierta en otras zonas más profundas del espíritu que no son las del puro intelecto; una inquietud inevitable [...] que nace de las mismas fuentes que las preocupaciones últimas de la existencia.<sup>93</sup>

---

<sup>88</sup> Mondolfo, *op. cit.*, p. 65.

<sup>89</sup> Aron, *op. cit.*, p. 103.

<sup>90</sup> *Ibid.*, p. 104.

<sup>91</sup> Hobsbawn, *op. cit.*, p. 218.

<sup>92</sup> Romero, *op. cit.*, p. 9.

<sup>93</sup> *Ibid.*, p. 64.

Desde esta raíz existencial se plantea el pensar sobre la materia histórica como una materia sin forma, libre de sujeción a límites. Dilthey reclamaba que “no hay una última palabra de la historia que exprese su verdadero sentido, como no la hay tampoco en la naturaleza”; por lo tanto, un pensar no objetual que pueda establecer “el vínculo entre lo singular y lo universal” como lo intrínseco “de la visión genial del historiador”, pero que, después, “es desgarrado por el análisis que se somete a consideraciones teóricas”.<sup>94</sup> Lo esencial reside en que el conocimiento basado en objetos propios de la explicación desconoce “la conexión global que constituye la realidad histórico-social”.<sup>95</sup> Necesidad de conexión que tiende a ocultarse facilitando que se impongan por el sujeto obstáculos a la explicación científica en la forma de objetos cosificados.

La función que cumple la conciencia histórica es contribuir a evitar el “achataamiento del esfuerzo explicativo” por el predominio de juicios de evaluación que dejan fuera la vida misma como desafío de conocimiento, descomponiendo esta “colección global” en una serie de objetos que ocultan la constitución de la realidad, “la recuperación de las luchas, sacrificios, forcejeos o contradicciones que integran el movimiento de la sociedad [...]”.<sup>96</sup> Cuestiones que plantean el problema de que el conocimiento histórico surge con el sesgo de valores, los cuales se recuperan como definidores de ángulos desde los que éste se construye.

La conciencia histórica cumple la función de envoltura de sentidos dispersos, esto es, de relacionar lo singular con lo universal, asumiendo la tarea de integración de las parcialidades que aparecen como las verdades teóricas. También, la función de mostrar los déficits de las estructuras conceptuales con que organizamos el pensamiento en base a lo dado, estableciendo un vínculo entre conocimiento y existencia; o bien, simplemente incorporando al conocimiento la dimensión práctica (o de proyecto) en cuanto expresión de la capacidad de construcción del hombre. En suma, es la postura del sujeto erguido ante sus circunstancias para sumir su vigilancia frente al futuro y poder organiza el pasado en términos de las exigencias del presente.

La conciencia histórica cumple la función integradora que permite romper con los límites disciplinarios; pero simultáneamente muestra los déficits en el despliegue del sujeto y sus posibilidades para erigirse como sujeto. Por eso, al romper con límites se asocia con el concepto de tiempo como salto, transgresión de parámetros,

---

<sup>94</sup> Dilthey, *op. cit.*, p. 83.

<sup>95</sup> *Ibid.*, p. 84.

<sup>96</sup> Luis Villoro, “Historia ¿para qué?”, en Carlos Pereira, Luis Villoro *et. al.*, *Historia ¿para qué?*, Siglo XXI, México, 1998, p. 30.



devenir y reconocimiento del momento en tanto expresión de lo inacabado. Conciencia de déficit que se corresponde con el manejo del tiempo como posibilidad, fluir y sentido; por lo tanto, con el momento como lo transitivo. Empero, lo más relevante es su función para asumir la potencia del sujeto, ya que vincula tiempo con esperanza, lo posible con construcción, en la medida que el momento se asocia con la presencia de conciencia y voluntad de... construir ámbitos de sentido.

La problemática del rescate del sujeto refiere a distintas relaciones que se pueden establecer entre conocimiento y existencia. Puede resultar que nos encontremos ante discursos con sujetos incorporados; o bien con discursos que no representan ningún espacio para sus posibles despliegues. O, ante discursos con sujeto incorporado pero con una lógica heterónoma respecto al discurso, como es el caso de las actitudes críticas que no se acompañan de un discurso congruente. Aunque también puede darse el caso de discursos con sujetos que se incorporan, sometidos a las exigencias del mismo, representando por lo tanto un espacio de despliegue para aquél, en razón de conformar una expresión de necesidades reales-vividas.

En esta perspectiva, la conciencia histórica como premisa del pensar tiene presencia en los distintos campos del conocimiento, en cuanto cada disciplina es también un horizonte que contiene posibilidades para ser sujeto. La historia, la filosofía, incluso la física y la biología, desde luego la tecnología, nos hacen sentir la necesidad de asumirnos como sujetos si recuperamos la historia como posibilidades de experiencias que se acumulan.

En efecto, la conciencia histórica reconoce presencia en las distintas apropiaciones cognitivas, que, por lo mismo, no podemos separar si queremos mantener al sujeto como ángulo de pensamiento constituido por sus diferentes facultades y disposiciones. Es la condición para no disociar sujeto y discurso, de manera de no abandonar el desafío de transformar lo real en mundo. La conciencia histórica en cada conocimiento disciplinar refleja a la totalidad en lo particular; en cuyos marcos el sujeto puede surgir desde sus potencialidades con la integridad de hombre dispuesto a asumirse.<sup>97</sup>

---

<sup>97</sup> ¿Cuántas veces miramos a nuestro alrededor desde el todo que somos?. Es necesario trascender la unilateralidad de los sentidos y de nuestras diversas capacidades: pensar con los ojos, elaborar conceptos desde el deseo de voluntad, asumir la voluntad en conjunción con la inquietud por explicar; esto es, adoptar ante las circunstancias una postura con la unidad de nuestras facultades. Lo político es un terreno donde se puede constatar de manera privilegiada la necesidad de ser sujeto en plenitud. Y lograrlo es mostrar poder frente al poder, el cual, por definición, descansa en la disgregación de las capacidades del hombre.

Zemelman, Hugo “Sujeto y conciencia histórica como ángulo de construcción del conocimiento”. En: *Aspectos básicos de la propuesta de la conciencia histórica (del presente potencial)*, IPECAL-MÉXICO, 2010, (EN PROCESO DE PUBLICACION), 18-57.

ASPECTOS BÁSICOS DE LA PROPUESTA  
DE LA CONCIENCIA HISTÓRICA  
(O DEL PRESENTE POTENCIAL)

HUGO ZEMELMAN MERINO  
IPECAL-MEXICO

2010

LA FORMA DEL DISCURSO: EL PROBLEMA DE LA  
RECOLOCACIÓN DEL SUJETO

HUGO ZEMELMAN

No tendríamos que asombrarnos —no obstante, parece ser una necesidad— al afrontar el cambio en las formas de pensar que impone nuevas categorías. Desde hace más de un siglo atravesamos por transformaciones fundamentales que sintetizamos en el paso del “yo pienso” kantiano al “nosotros argumentamos de Apel. De este desenvolvimiento forma parte la gran revolución del marxismo, con la incorporación de la historia, así como la revolución fenomenológica, con el forjamiento de conceptos como el de consciencia y sentido. Contribuciones donde subyace el papel del sujeto pensante y en acción, y que hoy pueden conjugarse aunque no en términos de un solo y exclusivo cuerpo teórico. Afrontamos la conformación de nuevas formas de pensar para abordar los problemas del pensamiento y del método científico, lo que expresa en categorías que modifican las bases del discurso racional.

Detengámonos en algunas de las implicaciones. En primer lugar, consideremos cómo es afectado el concepto de realidad. De un concepto referido a objetos posibles de significación, en el lenguaje puramente analítico, se pasa a una concepción que da cuenta del espacio desde el cual el sujeto puede desplegar sus disposiciones y capacidades para enriquecer su subjetividad, más allá de lo objetivo como externalidad. Es parecido a lo que puede darse con la inmediatez del arte, cuando provoca en el espectador una sensación de belleza que lo vitaliza. Pues no se trata sólo de organizar conocimiento sino de que desempeñe un papel en la representación de espacios de vida para los sujetos, tanto concretamente como en el ámbito de lo simbólico. Ello significa que el conocimiento como acto de pensar no se reduzca a la función cognitiva, sino que pueda organizar una apropiación en la que los contenidos se ubiquen en el marco de un sentido de vida.

Es necesario aclarar que la realidad objetiva reviste una doble cualidad: la primera, ser un conjunto de estructuras o circunstancias externas al sujeto; y la segunda, conformar diferentes posibilidades de sentido<sup>1</sup> para distintos sujetos. En esta última acepción, la realidad (aun en el plano de lo puramente cognitivo) se concibe como un conjunto de ámbitos en los cuales los sujetos pueden desplegarse,

---

<sup>1</sup> Sentido: *sensus, sensuales*. Nos referimos a una exigencia de inclusión de las afirmaciones particulares que se puedan hacer en un momento, considerando sus posibles devenires. (Para mayor referencia de los términos consultar el glosario, ubicado al final de este texto).

cuya concreción mas clara es la disposición para construir; la cual obliga a traspasar los límites<sup>2</sup> de las determinaciones para apuntar al contorno en donde se sitúan los objetos. El contorno contribuye a conferirles una significación existencial pero en el marco de lo histórico.

Entre contenidos y contorno se establece una relación que refleja lo que está en y fuera de los límites del contenido, de esta manera el pensamiento se abre a aquello que lo excede para dar cuenta de la necesidad de asombrarse a lo por-venir. Este proceso es expresión del irse completando del sujeto. El conocimiento cumple, por lo tanto, la función de activar la necesidad de ser sujeto; ya que, cuando pensamos en la relación de conocimiento, ésta no se remite al conjunto de contenidos clasificados sino que abarca los desafíos por construirse como sujeto desde el acto mismo de construir contenidos. Se rompe con la centralidad del principio de identidad para dar lugar —no en su reemplazo, pero sí como su complemento— al movimiento de los límites de las determinaciones; esto se manifiesta en el desafío de lo emergente y de la incompletud.

Se requiere reconstruir lo emergente desde sus síntomas para captar lo soterrado que surge como posibilidad, tanto en el momento<sup>3</sup> como en el horizonte<sup>4</sup> del desenvolvimiento histórico. Lo anterior plantea la noción de incompletad de lo dado y del propio sujeto. Emergencia e incompletad conforman espacios para el sujeto que son la vida vivida en la tensión que la despliega; el permanente estarse haciendo.

El aspecto más importante es la dinámica entre subjetividad e historia, porque es la base de la capacidad para re-actuar ante las circunstancias y ser o no autónomo. Tanto es así que para no quedar atrapados en la lógica de los productos, se exige pensar al sujeto desde sus dinámicas constituyentes que no se agotan en la pura intelección, pues comprometen las otras facultades que lo distinguen. Nos enfrentamos con lo gestante de la subjetividad del sujeto y de lo real externo como ángulos desde los cuales abordar los parámetros que imponen inercias al sujeto, como los de orden y poder.

---

<sup>2</sup> Límite: *limitem*: al señalar el fin de algo o la separación entre cosas, el límite es negación; de ahí que denote un cierre. Desde esta perspectiva los desafíos de pensar la complejidad de los fenómenos plantea al pensamiento percatarse de los límites que puedan trascenderlo. (Para mayor referencia consultar el glosario, ubicado al final de este texto)

<sup>3</sup> Momento: *momentum*. Se busca develar un instante particular de una secuencia, lo que puede llevarnos a un esfuerzo cognitivo de lo singular; así mismo, de lo plural que ahí se pueda contener. No puede comprenderse disociado de la idea de devenir.

<sup>4</sup> Horizonte: *horizontem*. Se busca denotar un ensanchamiento de los umbrales en los cuales tiene lugar la enunciación de conceptos.

Desde esta mirada tiene sentido, rescatar el papel que puede cumplir el lenguaje; un papel activador, si sirve como instrumento para romper con los límites de lo dado-significado, o bien un papel parametral, si se reduce a cumplir la función que imponen los universos de significaciones establecidos por el orden social; lo que dependerá del uso que seamos capaces de hacer de sus posibilidades.

En el marco de la utilización retórica o signica podemos recuperar, según sea el caso, la presencia de categorías renovadoras del pensamiento o, a contrario sensu, que muestren la gravitación inercial de aquellas otras categorías que no incorporan al sujeto en el discurso por estar más formalizadas. Lo dicho concierne a la recolocación del sujeto en el discurso a partir de categorías que puedan distanciarse de lo “objeto-predicado”, a modo de centrarse en lo constitutivo de lo real en base a la articulación entre dinámicas internas de los sujetos y de sus prácticas con las circunstancias contextuales.

#### CONTINUIDAD Y DISCONTINUIDAD EN LOS PLANTEAMIENTOS SOBRE EL SUJETO

El desafío consiste en construir una nueva red de categorías para organizar la relación del sujeto con la historia, a manera de facilitar pensar el movimiento de la realidad, el cual, correlativamente, supone el movimiento del pensamiento. En este sentido cabe referirse, en primer término, a la categoría de lo indeterminado. La cual rescatamos como forma para resolver el problema de la capacidad de re-actuación del sujeto a partir de vislumbrar la realidad como posibilidad de movimiento: el devenir de lo devenido

Recordemos la sugerencia de Apel cuando afirma: “si la autoalienación según Marx, no puede ser superada por ninguna iluminación psicológico-individual, ya que tiene que estar mediada “por la emancipación de la sociedad”, entonces se trataría de “provocar procesos de reflexión que transformen la conducta inconsciente, no reconocida —y en esa medida explicable y manipulable—, en acción conscientemente responsable”.<sup>5</sup> De ahí que nuestro propósito sea articular mecanismos psicológicos con los del lenguaje para dar cuenta del dinamismo de la realidad, más allá de su cristalización en estructuras, para lo cual hay que asumir la tensión que refiere a una

---

<sup>5</sup> Kart-Otto Apel: *La transformación de la filosofía II*, p. 135.

realidad dinámica-objetiva y, de otro lado, a la problemática de la potenciación<sup>6</sup> y construcción<sup>7</sup> por parte de los sujetos.

Nuestra postura se ubica entre una concepción objetivista y otra centrada en la subjetividad-existencial del sujeto, que se traduce en no quedarse prisionero de los objetos como modalidades de los límites conceptuales y empíricos. Por el contrario, buscamos abordar lo que excede a esos límites para entender lo que se puede estar “sugiriendo”, “aludiendo” o “evocando” como el contorno que rodea a los contenidos. Ello supone considerar realidades que, no teniendo un contenido ni una significación claramente identificables, nos lleva a definir las como “la autodonación no interpretada del fenómeno” —en la terminología de Apel. (“Esto de ahí... es tal y cual”, que forma parte de un razonamiento abductivo).<sup>8</sup>

La variedad de objetos posibles (modos de organizar los límites) debe plantearse en el marco de la exigencia de inclusividad. Algo así como la idea de un contorno que escapa a lo puramente formal del razonamiento científico, pues la constitución de la experiencia objetiva “se incluye en el de los contextos mundanos-vitales de la acción”, como observa Apel apoyándose en Habermas.<sup>9</sup> Es el esfuerzo por darle preeminencia al sujeto sobre el discurso, que reconoce como un antecedente la idea de composición destacada en la obra de B. Spinoza.

Como ha señalado G. Deleuze, en Spinoza hay “un descubrimiento del inconsciente, de un inconsciente del pensamiento, no menos profundo que lo desconocido del cuerpo”.<sup>10</sup> Esto lleva a un cuestionamiento del razonamiento causal al oponer el método analítico, que inquiere la causa como simple condición de la cosa, al método sintético “que inquiere una génesis en lugar de un simple acondicionamiento”.<sup>11</sup> Esta línea argumental plantea la relación entre conocimiento y conciencia, en la que ésta asume como desafío ámbitos de sentido que, como exigencias, predominan por encima de las argumentaciones sobre objetos. En esta lógica de relación de conocimiento cumple la función de mostrar lo predicable desde la colocación<sup>12</sup> del sujeto en el momento —que no considera a éste como externo al

---

<sup>6</sup> Potencia: *potentia, potencieare*. Desplegar las virtualidades que se contienen en el mundo de los subjetivo a partir de una necesidad de sentido.

<sup>7</sup> Construcción: *construere*. La construcción en prácticas del ejercicio de la potenciación.

<sup>8</sup> Apel, *Teoría de la verdad y ética del discurso*, p. 46.

<sup>9</sup> *Op. Cit.*, p. 84.

<sup>10</sup> *Ibid.*, p. 29.

<sup>11</sup> *Ibid.*, p. 138.

<sup>12</sup> Colocación: *collocare*. Referimos con este término a la necesidad de ubicación en parámetros que pueden exceder referencias teóricas o axiológicas.

sujeto— a manera de evitar encerrarlo en los límites de un predicado; es en lo que consiste la apertura del sujeto respecto a sus determinaciones.<sup>13</sup>

En la medida en que lo indeterminado rompe con los límites de objeto (disciplinario), lleva a abordar la problemática del contorno en que se ubica el problema que se quiere conocer. Por eso, el acto de conocer se acompaña de un acto de consciencia sobre el movimiento.<sup>14</sup> Cuando entendemos la realidad de esta manera es imperativo hacer la distinción entre devenir y potenciación. El devenir señala la necesidad del movimiento en los objetos que se construyen, obliga a tomar en cuenta tanto lo que ha devenido como el mismo devenir-deviniendo. Por otra parte, la potenciación reconoce su fundamento en la realidad, pero orientada no al producto del movimiento sino a su dinámica constitutiva. En este ámbito se puede reconocer la intervención del sujeto desde su capacidad de actuación, que es parte de esta dinámica.

Lo anterior obliga a profundizar a aquello que precede a la organización del discurso del conocimiento, en la medida en que “el conocimiento no flota en el vacío, no es auto-suficiente, sino que se fundamenta en la experiencia vital” que, para algunos, es una “dimensión irreductible al enfoque epistemológico”, pero que, no obstante, “es parte de dimensiones de la realidad que aluden a lo gestante y/o a lo magmático de la misma [...] Alude a esa exigencia de conocimiento que se oculta detrás de la racionalidad formal y que, en medida importante, es manifestación de la propia praxis humana”.<sup>15</sup>

Lo sin forma, como tal, ese “como algo” que está requiriendo de un “bautismo originario” —entre la aceptación de Kripke— no se puede conocer. Conduce a problematizar lo que se oculta detrás de las organizaciones conceptuales, de las abstracciones más formales. Esto lleva a hablar no solamente de razón sino de voluntad de razón, que es el acto de conocer y que refleja necesidad de ser sujeto.

Cabe preguntarse, ¿“qué hay de experiencial por debajo del principio formal”? ¿Es lo formal sólo “pura formalidad o se apoya la formalidad de la razón en la experiencia”? En este sentido, no sería descabellado pensar que tanto la formalidad como su “autoridad epistemológica [...] es pionera de un trasfondo experiencial”,<sup>16</sup>

---

<sup>13</sup> Apel, *La transformación de la filosofía II*, p. 10.

<sup>14</sup> Ello plantea la necesidad de una reflexión acerca “de los presupuestos trascendentes de la consciencia que estén en la base de [la] ciencia” (363). Apel, *La transformación de la filosofía II*, p. 10.

<sup>15</sup> Jesus Conil, *Hermenéutica antropológica de la relación experiencial, el discurso de realidad...*, p. 135.

<sup>16</sup> *Ibíd.*, p. 139. A este respecto, hay que recuperar las aportaciones de Wilhelm Dilthey. Cfr. *Crítica de la razón histórica*.



dando lugar a la formulación de Gadamer de “una teoría de la experiencia histórica”; teoría de la experiencia real “que es el pensar”.<sup>17</sup> Aunque nos acerca a la idea de dinámica constitutiva, en tanto “el comprender constituye el modo de ser del estar-ahí, algo originario de la vida humana”,<sup>18</sup> no alcanza a resolverse en una forma epistémica capaz de dar cuenta de la subjetividad constituyente del sujeto en el mundo. Esta subjetividad constituyente es la capacidad para traspasar los límites de una relación basada en la simple constelación de objetos.

El desafío consiste en trabajar la idea de la experiencia vital en tanto incorporación del sujeto a su discurso, en la perspectiva desentrañada por el mismo Gadamer: “la conceptualización en la que se desarrolla el filosofar no posee siempre en la misma medida en que nos determina el lenguaje en el que vivimos. Y forma parte de un pensar honesto el hacerse consciente de estos condicionamientos previos”.<sup>19</sup> El problema reside en que no basta rescatar las dinámicas constituyentes, como ese algo que antecede al discurso formal, pues es necesario caracterizar a esa realidad como espacio de creaciones posibles del propio sujeto individual y/o social.

Los espacios de posibilidades median entre las dinámicas objetivas (o externalidades) y la capacidad constitutiva del sujeto, aunque sin reducirse a lo puramente existencial. Se trata de transformar la dialéctica del devenir en potencialidad a partir de concebir la dinámica de lo real como potenciación de lo potenciabile.

Nos encontramos en los terrenos de la tercera Tesis sobre Feuerbach de Marx, cuando sostiene que se “olvida que son los hombres, precisamente, los que hacen que cambien las circunstancias y que el propio educador necesita ser educado”; lo que es posible solamente de “concebir y entender racionalmente como práctica...” para dar cuenta de esa zona de indeterminación de lo social que es, precisamente, la que conforma el ámbito de intervención del hombre sobre sus circunstancias; pero siempre que sea capaz de colocarse ante éstas sin doblegarse a su gravitación. La potenciación de lo potenciabile se refiere, en consecuencia, a este espacio de intervención que supone un margen de autonomía<sup>20</sup> desde el cual construir realidades en distintas direcciones.

---

<sup>17</sup> Hans-George Gadamer, *Verdad y método*, p. 19.

<sup>18</sup> Conill, *op. cit.*, p. 136.

<sup>19</sup> Gadamer, *op. cit.*, p. 27.

<sup>20</sup> Autonomía: *auto*: por sí mismo, a sí mismo / *nomos, nomoi, nomia*: ley. Alude a la capacidad de despliegue del sujeto para colocarse ante sus circunstancias.

La realidad es inacabada porque siempre es posible una construcción nunca antes dada. Es lo que obliga a pensar a la razón desde el rompimiento, no ya como simple forma, sino como expresión de un deseo de estar, no estrictamente como un simple estar ahí, sino como voluntad de estar, un querer estar. Idea fundamental ya presente en el pensamiento griego presocrático, como lo señaló Mondolfo: “en las exigencias gnoseológicas que puedan llamarse “eleatas” [...] el sujeto se afirma en su universalidad racional como legislador y árbitro de la realidad, pretendiendo someter la realidad objetiva a sus propias normas interiores, en lugar de adaptar y subordinar su propia inteligencia a la realidad universal”; pues, “la forma que subordina la posibilidad del conocimiento al elemento volitivo [...] puede reconocerse en mundo filosóficos antiguos, a partir de Heráclito”. En Jenófanes, se aprecia como “presentimiento germinal” la vinculación entre conocimiento y el esfuerzo espiritual voluntario del hombre cuando sostiene que “los dioses no le han mostrado todo a los hombres desde el comienzo, sino que los hombres buscan y con el tiempo encuentran lo mejor”.<sup>21</sup> O bien, como dijo Epicarmo, “a precio de trabajos nos venden todos los bienes los dioses”.<sup>22</sup> Lo que es congruente con la afirmación que se formula hoy: “la razón sea la expresión de una voluntad de resistencia, de una rebeldía, de la necesidad sentida de libertad, de no querer someterse a contenidos dados”.<sup>23</sup>

Nos situamos en el ámbito de lo inacabado más que en el de la libertad, porque aquélla supone la necesidad de ser sujeto antes que una necesidad axiológica muchas veces normativa. La necesidad de ser sujeto se fundamenta en la actividad de pensar para rebasar el puro formalismo. Porque “la razón es a la vez voluntad de razón”,<sup>24</sup> lo que en Apel da lugar al concepto “gnoseo-antropológico” para dar cuenta de la ampliación de la capacidad de pensar que conlleva la dimensión somática. Esto nos ofrece “un nuevo acceso de la relación corporal con el mundo a través de los sentidos más allá de la función de la consciencia y del lenguaje”.<sup>25</sup> Nuevamente tendríamos que recordar a Spinoza y, por supuesto, a Dilthey.

En el centro del debate se encuentra la cuestión del sentido que se hace presente con el lenguaje, más allá de la necesidad del sujeto de reconocer su campo de experiencias vitales (diversidad de proyectos de vida), a partir de ubicarse en un momento histórico. En este contexto, el lenguaje puede cumplir la función de parámetro o de activador de realidades. Como activador, plantea la cuestión del

---

<sup>21</sup> Rodolfo Mondolfo, *La comprensión del sujeto humano en la cultura griega*, p. 136.

<sup>22</sup> *Ibid.*, p. 137.

<sup>23</sup> Conill, *op. cit.*, p. 139.

<sup>24</sup> Apel, *Transformación de la filosofía II*.

<sup>25</sup> Conill, *op. cit.*, p. 142.

espacio inclusivo en tanto concreción que resulta de la presencia de múltiples sujetos con sus cargas axiológicas, asociadas a distintas memorias y visiones de futuro. Pero el lenguaje puede verse afectado por prácticas como las propias de la comunicación que, al exigir la universalidad de lo significado, plantean una dimensión objetivante de la subjetividad. Esto se profundiza por la necesidad de una “mediación comunicativa de la validez” que surge en el contexto de la formación de consenso, que presupone una “comunidad de comunicación ilimitada e ideal”.<sup>26</sup>

Como señaló Gadamer: “ser histórico quiere decir no agotarse nunca en el saberse”.<sup>27</sup> Se plantea que la historia como historicidad rompe con los parámetros pero, simultáneamente, cómo el pensamiento requiere organizarse en términos de parámetros que lo fijen. Se plantea el desafío de no disociar sujeto y realidad para recuperar las dinámicas constitutivas en un pensamiento capaz de organizar “la reflexión sobre (las) consecuencias sociales de las ciencias sociales” empírico-nomológica. De esta forma, desembocar “en una potenciación del curso del hombre sobre el hombre”,<sup>28</sup> en la que la realidad deja de ser una externalidad al sujeto.

Una alienación en la forma actual de pensar se encuentra determinada por la tendencia (derivada de la influencia del método cartesiano) de investigar algo separado de nosotros y dotado de leyes propias en su independencia y autonomía”. Con ello se pierde el enfoque de entendernos “dentro de una continuidad única y con sentido, con el mundo histórico en cuanto lo otro que nosotros”.<sup>29</sup>

Pero asumir lo anterior significa concebir al sujeto en su capacidad de potenciación (que se despliega desde su subjetividad), pero siempre históricamente situado, a manera de darle *status* epistémico a la función que cumple la experiencia. La cual “no piensa en modo alguno desde ‘un marco de referencia conceptual’, sino que, por el contrario, ve la auténtica verdad en lo que ella experimenta”.<sup>30</sup> Es lo que llamamos, al inicio, el efecto inmediato del arte que rompe con las referencias conceptuales. Las cuales, muchas veces, son simple manifestación de parámetros, ideológicos o axiológicos, asociados en términos generales a la lógica del orden, que procuran subordinar el pensamiento a lógicas heterónomas mediante las que modelar la subjetividad según las exigencias de ese orden. Con ello se afecta la necesidad de actuar y de reaccionar del sujeto perdiéndose su condición protagónica como constructor de realidades.

---

<sup>26</sup> Apel, *Las aspiraciones del comunitarismo anglo-americano desde el punto de vista de la ética discursiva, el discurso de realidad, op. cit.*, p. 22.

<sup>27</sup> Conill, *op. cit.*, p. 137.

<sup>28</sup> Apel, *La transformación de la filosofía II*, p. 132.

<sup>29</sup> *Ibíd.*, p. 19.

<sup>30</sup> Gadamer, *op. cit.*, p. 123.

Un modo de hacerse presente esta desintegración del sujeto está en lo que Apel llama “la peligrosa ideología de la razón menguada”, como mentalidad de adaptación oportunista y enemiga de la reflexión que facilita la subordinación a condiciones externas dominantes, como las de índole económica, que dan lugar a “los especialistas idiotas utilizables a voluntad”.<sup>31</sup> Para afrontar esta situación se requiere desarrollar la capacidad de actuación y de re-actuación del sujeto, que es posible siempre y cuando piense desde una clara ubicación en la historia. Solamente así puede desarrollar con fuerza su necesidad de ser sujeto, condicionado a un pensamiento capaz de romper con sus inercias.

El desafío anterior consiste en recuperar el acto de pensar como expresión de la necesidad de estar siendo, lo que requiere de un lenguaje que, al no quedar prisionero de sus significados, sea capaz de “desplazar significativamente la referencia de un significado determinado hacia lo incierto”; pues, “lo que es significativo es algo que posee un significado desconocido (o no dicho)”.<sup>32</sup>

Lo anterior supone romper con una estructura de pensamiento asociada a un sistema hipotético-deductivo, ya que desde un punto de vista lógico-formal “tanto la comprensión racional-teleológica [como] la explicación analítica causal puede ser reducidas [...] a un núcleo idéntico en el sentido de un sistema hipotético-deductivo”.<sup>33</sup> En contraposición, la capacidad de actuación y de re-actuación requiere de modos de pensar y de construir relaciones de conocimiento desde lo inacabado o inconcluso, esto es, desde lo informal, vago, difuso, porque de allí nacen los espacios de creación y construcción del hombre.

Una posibilidad se encuentra en el arte, en general en los lenguajes simbólicos, en la medida en que “todo encuentro con [su lenguaje] es un encuentro con un acontecer inconcluso y es a su vez parte de este acontecer”.<sup>34</sup> Se trata de afrontar la tensión entre lo inteligible, que se corresponde con significados comunicables regidos en su argumentación por el principio de identidad, y las formas que pueden depender de la apertura y de la potenciación vinculadas con lo que no tiene todavía forma.

Esta discusión supone una recategorización del discurso de la razón científica desde el lenguaje, a modo de rescatarlo como mecanismo que potencia al sujeto, pero siempre desde su condición subjetiva historizada. Debemos considerar lo que significa la pertenencia a comunidades de pensamiento que encuentran su propia

---

<sup>31</sup> Apel, *La transformación de la filosofía II*, p. 124.

<sup>32</sup> Gadamer, *op. cit.*, p. 130.

<sup>33</sup> Apel, *La transformación de la filosofía II*, p. 131.

<sup>34</sup> Gadamer, *op. cit.*, p. 141.

identidad en universos semánticos, lo que nos remite a la relación del lenguaje con su contexto de pertenencia; pues a la vez que es parte de éste, contribuyendo a cerrarlo, también es cierto que no se agota en él en razón de la potencialidad que tiene para resignificarlo.

Según lo anterior, no podemos dejar de pensar que el lenguaje es la historicidad entendida como transgresión debido a que contiene, según la capacidad de utilizarlo, la posibilidad de nuevas significaciones, o bien de resignificar. El lenguaje contribuye a la constitución de posibilidades abiertas, que pueden anticipar el devenir de lo real, por su potencialidad de decir todo, a pesar de su tendencia a transformarse en parámetros (pensamos en los lenguajes encráticos de R. Barthes). Es lo que lleva a pensar en el lenguaje como mediación, que se traduce en su capacidad de negar los límites de sus universos de significación, siempre que su utilización se establezca desde la necesidad de realidad por el sujeto.

Esta necesidad desafía al lenguaje como eje de distintos discursos constructores de significaciones. Ello, porque la necesidad de realidad la concebimos como una forma de consciencia que plasma universos que contienen nuevas posibilidades. Esto puede dar lugar a diferentes discursos, según la naturaleza de sus contenidos, lo que dependerá del sentido que tenga la construcción de la relación con la realidad, ya sea analítico-explicativa o hermenéutica, o bien que represente una apropiación simbólica al estilo de la literatura y el arte.

Se trata de fortalecer el papel del sujeto como constructor de su historia, en un contexto que, como sostenía Erich Fromm en su libro *La revolución de la esperanza*, impulsa al sujeto a transformarse en parte de una maquinaria total, que le hace perder el contacto consigo mismo y con la vida. Por ello, se plantea incorporar nuevas categorías que obliguen a subordinar las lógicas dominantes (en los ámbitos disciplinarios) a ángulos de razonamiento que incorporen la exigencia de abrir la mirada de lo social a diferentes articulaciones. Esto es, leer la realidad en su condición tanto de producto como de potencialidad para no agotar su lectura en las modalidades que presentan los límites de un recorte particular construido desde la lógica de objetos.

Lo dicho supone dar cuenta de la contradicción, o bien de la congruencia, entre los campos de significación histórica y teórica desde donde se piensan los contenidos que sirven como base para la potenciación. Y en esta dirección construir un estilo de pensamiento que incorpore las exigencias axiológicas y volitivas del sujeto para contribuir a que surja una forma de estar consciente ante las circunstancias que conforman el espacio inmediato, tanto del pensamiento como de

la acción. No podemos seguir pensando en los marcos de una lógica de objetos, sino buscar, en su reemplazo, una óptica inclusiva y articulada que dé cuenta de horizontes que contengan una diversidad de objetos particulares.<sup>35</sup>

Es la necesidad del momento histórico que se abre a nuevos espacios. O sea, convertir la conciencia histórica en ángulo que sirva de apoyo para el arranque del pensar teórico y de sus posibilidades de construcción cognitiva. Ello obliga a trabajar con una multiplicidad de tiempos que es lo propio de concebir a la realidad como inacabable pero construible por el hombre. Necesidad de realidad como inacabada y lectura del presente como espacio de posibilidades, que se derivan de la realidad como movimiento potenciador, de ahí que la trascendencia exprese la búsqueda de futuro.

Subyace la presencia de un sujeto capaz de reconocer desde dónde y cómo se puede activar o hacer tangible la potencialidad; se destaca el esfuerzo por desarmar lo constituido para reconocer las posibilidades ocultas en lo dado. Y que es particularmente importante en el contexto de una sociedad tecnologizada, toda vez que la tecnología puede contribuir a debilitar la subjetividad o, lo que es lo mismo, hacerla funcional al orden dominante.

De lo que se desprende la importancia de rescatar la fuerza del lenguaje, su potencialidad simbólica y el rescate de la historicidad del sujeto en sus distintos lenguajes de expresión. El sujeto afronta tener que internalizar la relación entre determinación e indeterminación, contenido y continente, objetos y horizontes, para estar abierto a las exigencias y posibilidades de despliegue de su propia subjetividad. Desde esta perspectiva se rompe la relación sujeto-objeto para reemplazarla por los desafíos que se desprenden de la relación sujeto-sujeto. Nos encontramos en el quid del cambio de los paradigmas logo-céntricos.

#### LOS ENIGMAS COMO POSIBILIDADES

En la búsqueda de la potenciación del sujeto no nos limitaremos a la aventura por las verdades, pues pensamos que no siempre ésta enriquece al hombre. Puede ocurrir que, aunque las verdades contribuyan a iluminar aquello que rodea al sujeto, no lo salven de su importancia para transformarlas en acciones. Pero también, la

---

<sup>35</sup> Ello significa razonar en base a categorías como necesidad e indeterminación que lleva a conformar un marco pertinente a las exigencias de construcción del conocimiento como parte del esfuerzo del sujeto para ser históricamente. Aunque también podrían definirse otras categorías como potencialidad, construcción y opciones, cuya función es instrumentar las decisiones que buscan potenciar lo reconocido como necesario y abierto a nuevas modalidades de contenido.

iluminación de aquello que rodea al sujeto no trasciende el límite de lo infranqueable cuando nos circunscribimos a las lógicas cognitivas, iluminaciones que, no obstante, pueden ser incorporadas al campo de la experiencia vital, pero no al de las verdades teóricas. El problema es pasar a un lenguaje que, sin restringirse a una función cognitiva, pueda expresar la rebeldía del hombre. Lo cual se vincula con los desafíos que el hombre ha reconocido para sí en su esfuerzo por vivir en el marco del empeño por construir su historia.

Es el camino que se mueve desde los señalamientos de Marx, en las *Tesis sobre Feuerbach*, hasta las provocaciones de Apel para hacer de lo inconsciente un conocimiento consciente y responsable, pasando por esa hermosa invocación de Musil de atender a la poesía todavía no escrita del hombre. Buscamos romper con la fuerte tendencia a reducir lo real a objetos según las exigencias de la identidad que siguen los cánones de las lógicas cognitivas.

Desde este ángulo, es necesario referir a los cuestionamientos que se han formulado sobre una excesiva memoria cientificista, que sirve para recordarnos que la realidad que afrontamos puede revestir modos de hacerse presente que pueden romper, por su misma complejidad, con los cánones establecidos para la apropiación cognitiva. El pensamiento científico puede revestir otras formas que trasciendan a las actuales, especialmente cuando pensamos en las críticas planteadas a distintos ámbitos del conocimiento.

En este sentido, cabe tener en cuenta las críticas de Karl Popper a determinadas posturas del Círculo de Viena. También es el caso de los planteamientos de Schlick cuando se refiere a la relación mente-cuerpo; la cual, aunque puede considerarla fascinante, no le satisface. “Sin duda, a veces nosotros mismos nos creamos problemas por confundirnos al hablar acerca del mundo; pero ¿por qué no podría agregar el mundo algunos secretos realmente difíciles, incluso, tal vez, insolubles? Puede que existan enigmas; yo pienso que existen”.<sup>36</sup> Con lo que critica la afirmación de Wittgenstein de que “no existe el enigma” (enunciada en su *Tractatus*), y observa, en contra de la opinión de este filósofo, que “lo profundo es lo indecible”, que “el mundo de lo decible no siempre carece de profundidad” ya que, desde cierto ángulo, “existe un abismo entre las cosas que pueden ser dichas —entre un libro de cocina y el *De Revolutionibus* de Copérnico—, como existe un abismo entre las cosas que no pueden ser dichas, entre algunas piezas de mal gusto artístico y un retrato de Holbein”.<sup>37</sup>

---

<sup>36</sup> Karl Popper, *Búsqueda sin término. Una autobiografía intelectual*, p. 252.

<sup>37</sup> *Ibíd.*, p. 252.

En esta misma dirección tenemos también las críticas de Frankl a psicoanálisis de Freud cuando señala que el “psicoanálisis contempla la totalidad de la psique humana desde una concepción atomista, como la unión por piezas de partes que en principio son diferentes, y que responden a diferentes fuerzas, a su vez componentes de diferentes elementos que le dan vida. Así pues, la psique no sólo está atomizada, sino an-atomizada: el análisis de la psique es en sí mismo una anatomía. En este sentido se destruye la visión del ser humano como algo total”;<sup>38</sup> con lo que el psicoanálisis asume “la tarea de reconstruir a la persona tomando sus piezas”, lo que implica que se defina como “el autómata de un aparato físico” olvidando “la autonomía de la existencia espiritual...” que es “lo que hay de humano en el hombre”,<sup>39</sup> pues el hombre no es solamente el objeto de unos mecanismos, o de una física de la energía.

En relación con estas críticas, orientadas a rescatar dimensiones del análisis que no se reduce a relaciones entre factores subordinados a una función cognitiva, según las exigencias de la lógica de causa-efecto, se pueden también encontrar casos en la lingüística. Recordemos la crítica de Steiner a la lingüística de Chomsky, en cuanto al esfuerzo de éste por encontrar una explicación a la capacidad de uso del lenguaje por el hombre, “que va más allá de los presentes formales o [enseñados] y del conjunto de experiencias adquiridas y atesoradas individualmente”. Según Chomsky, “esta capacidad indica que existen procesos fundamentales que actúan independientemente de la retroalimentación del medio”. El lenguaje, según Chomsky “hace pensar en una computadora”, en cuanto “hay pruebas concluyentes de que la idea quizás parcialmente inconscientes [es] que en las profundidades de la conciencia humana hay una poderosa computadora”, que “es decisiva en una buena parte de sus razonamientos”.<sup>40</sup> Relación entre lo físico y lo mental que por constar de gran complejidad obliga a estar alerta frente a cualquier intento de explicar esa relación por reducción a factores.

El analizar estos procesos, y destacar su complejidad, se debe plantear –como sostiene Steiner– que “se ubican en esa zona intermedia entre lo mental y lo físico, entre lo psíquico y lo neurológico que nuestro vocabulario anticuado, con sus distinciones profundamente arraigadas entre mente y cuerpo, no está capacitado para manejar”.<sup>41</sup> Como señaló Popper, “el problema mente-cuerpo no ha quedado agotado por estos dos problemas, el problema de los estados de conciencia y el

---

<sup>38</sup> Frankl, *El hombre en busca del sentido último*, p. 33.

<sup>39</sup> *Ibid.*, p. 35.

<sup>40</sup> Steiner, *op. cit.*, p. 118.

<sup>41</sup> George Steiner, *Extraterritorial*, p. 117.



problema del yo”,<sup>42</sup> porque la plena consciencia del yo, a pesar de “estar siempre presente, en forma disposicional, en los adultos, esas disposiciones no siempre están activadas”. Con esto, colocamos nuevamente en el centro de la problemática la potenciación del sujeto.

Desde las grandes contribuciones de Marx a Apel, pasando por la gran literatura relativa al fortalecimiento del sujeto, se puede llegar al sentido que tiene como postura la potenciación del sujeto, pero en el entendido que forma parte de su misma condición. La potenciación adquiere su más claro significado cuando se constata que “con frecuencia nos encontramos en un estado mental de intensa actividad y, al mismo tiempo, completamente olvidados de nosotros mismos...”,<sup>43</sup> por lo que volvemos a eso de la poesía no escrita del hombre de la que hablaba Musil. La potenciación del sujeto supone un asumirse a sí mismo, trascendiendo el propio olvido, que muchas veces se traduce en la resignación que lleva a que el individuo se oculte detrás de sus roles o funciones. De ahí la importancia de saber colocarnos ante el contexto; o, mejor dicho, asumir las mediaciones que se dan entre el sujeto y el contenido de modo que la capacidad de ubicarse cumpla la función de mecanismos para trascender el olvido de sí mismo, en oposición a la simple objetivación asociada al lenguaje.

Debemos destacar la importancia de la potenciación del sujeto como condición pre-discursiva (en cualquier forma que pueda asumir) en tanto ésta no consiste en capacidades puramente intelectuales, ya que expresa el conjunto de dimensiones del sujeto (intelectual, imaginativas, volitivas, emocionales). Nos enfrentamos, por eso, a un cuadro de categorías que pueda dar cuenta de la realidad como construcción por los sujetos; lo que exige de formas de pensar adecuadas para responder a la problemática que se deriva de concebir a la externalidad como un constante proceso de darse; pero también, de afrontarla como un darse del sujeto que puede asumir distintas modalidades, según la complejidad de las acciones de que sea capaz el sujeto.

Nos situamos dentro del campo problemático que definimos como histórico-existencial. En él se cruzan aspectos (como los económicos, sociales, políticos y culturales) que caracterizan a la realidad externa, u objetivada, respecto de los sujetos, pero como resultado de las acciones de éstos. Se apunta a concebirla como un ámbito de posibilidades de experiencias que, a la vez, son el despliegue del

---

<sup>42</sup> Popper, *op. cit.*, p. 257.

<sup>43</sup> *Ibíd.*

sujeto. De lo que se desprende que los sujetos encarnan la posibilidad de realidad, ya sea que ésta revista el carácter de objetivada o no respecto de aquéllos.

Se hacen necesaria la elaboración de categorías que sean adecuadas para captar los nudos de articulación de las dinámicas del sujeto con la realidad contextual ñeque éste se despliega. Entre estas categorías podemos mencionar la de despliegue y la de sujeto como ángulo, por una parte; y de otra parte, la de mundo de vida y la de espacio de posibilidades. El trasfondo es que los sujetos son la posibilidad de realidad; en otras palabras, que la realidad es sujeto o no es nada.

De lo que podemos concluir que el concepto de objetividad deviene en un espacio donde se plasma la realidad-posibilidad de ser sujeto concreto (individual o colectivo). Lo que significa que las circunstancias sociales, genéricamente hablando, conforman espacios que reciben sus contenidos y significados por la presencia y despliegue de sujetos concretos. La realidad es la necesidad resuelta como objetivación para desplegarse por determinados sujetos, despliegue que plantea exigencias de análisis que den cuenta de las condiciones en las cuales tiene lugar.

El principal desafío reside en saber resolver la tensión entre el movimiento de múltiples direcciones y los requerimientos de orden de la sociedad. El movimiento de ésta, siendo el resultado del movimiento de los sujetos, obliga a observar que cualquier estructura social, en su acepción genérica, está sometida a esta dinámica.

Lo que obliga a pensar en la historia de cualquier estructura, asociada al movimiento de múltiples direcciones, para no reducir aquélla a un simple recorte temporal. Las estructuras tienen que traducir las dinámicas constitutivas que forman parte del movimiento de los sujetos; donde las dinámicas no están necesariamente ceñidas a regularidades que permitan prever situaciones, ya que en el trasfondo se encuentra la incompletud de cualquier situación por estructurada que sea. Esto es lo que permite incorporar la categoría de lo constitutivo para abordar el carácter inacabado del sujeto y de su contexto.

Desde este movimiento de los sujetos se puede abordar un cambio en el nivel epistémico de las categorías, pues éstas incorporan dimensiones axiológicas relativas al ángulo desde el que los sujetos construyen su realidad. Su importancia reside en los alcances con que comprometen al sujeto en relación a sus facultades, por cuanto el propósito último de este campo problemático histórico-existencial es garantizar la capacidad del o de los sujetos para conformar espacios autónomos de construcción social en base al conjunto de sus facultades.

El esfuerzo por avanzar en una profundización de la potenciación lleva a relacionarla con la capacidad de significar, según la utilización que se haga del

lenguaje. El lenguaje asume una función central por ser el lugar desde donde se pueden desarrollar, entonces sus alcances psicológicos, sociales y culturales, las alternativas de despliegue propias del hacerse del sujeto, en tanto articula subjetividad individual e histórica.

La potenciación encuentra en este proceso del despliegue su máxima expresión, en tanto consiste en romper con los parámetros que atrapan y empobrecen al sujeto para que pueda afrontar sus horizontes de posibilidades.

La dimensión histórica-existencial deviene en el espacio de posibilidades para ser libre, aunque también es la encarnación de sus limitaciones. En ningún otro lugar se puede ver con más claridad la conjugación entre condiciones sociales y subjetividad, o, de manera principal, la dialéctica entre querer y poder ser. Es lo que denominamos capacidad de significar que se encuentra en el trasfondo de la condición del ser humano, en la medida en que la concebimos como la capacidad de proyectarse más allá de lo dado, para incursionar en el misterio e incorporarlo como nuevo contorno de la subjetividad. De ahí la importancia de confrontar al espacio histórico-existencial con las posibilidades que ofrece el lenguaje como sistema de significantes, a manera de resolver cuándo y cómo puede servir de apoyo para potenciar la subjetividad del sujeto.

A continuación planteamos una reflexión categorial sobre el lenguaje aunque todavía sin articularlo con las dimensiones psicológicas del sujeto. Debemos antes buscar una línea central que permita reconocer los márgenes de expresión de la potencialidad; lo que dependerá de la capacidad de significar en tanto condición de autonomía del sujeto. La resolución en definitiva se alcanzará en base a una articulación del lenguaje con los dispositivos psicológicos.

Zemelman, Hugo La forma del discurso: el problema de la relocalización del sujeto". En: *Aspectos básicos de la propuesta de la conciencia histórica (del presente potencial)*, IPECAL-MÉXICO, 2010, (EN PROCESO DE PUBLICACION), 107-122.